

Los sueños de cada uno

Los sueños de cada uno



Biblioteca
Pública
Municipal
Zamora

Los sueños de cada uno

Edita
Ayuntamiento de Zamora
Biblioteca Pública Municipal

D.L.: ?? - ?00? - 10

Reservados todos los derechos. No está permitido reproducir, almacenar en sistemas de información ni transmitir la totalidad o alguna parte de esta publicación cualquiera que sea el medio empleado, sin previo permiso por escrito de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.



Si la primera primera célula surgió hace 4000 millones de años, y en otros 350 millones se ha colonizado el planeta, y luego hace 6000 años surgió la agricultura y los asentamientos humanos y toda nuestra tecnología, la necesidad de contar historias nos ha acompañado en ese fantástico recorrido como raza. Esa necesidad de ficción sigue tan vigente hoy en día como en nuestro primer segundo de pensamiento abstracto, porque no hay pueblo ni comunidad sin un cuento que les haga existir simbólicamente, una fábula, una crónica, una reseña, una memoria, una balada, una hablilla, una epopeya, una confesión... Ahora lo llaman storytelling, pero ha existido siempre: esa creación de un universo narrativo para crear receptividad y un clima emocional adecuado para vender lo que sea.

Esta venerable tradición es la que resucitan todos los participantes en este certamen de relatos Los sueños de cada uno, la de que aquellos tusitalas, aquellos contadores de los zocos del norte de África que llegaban a las plazas y sentándose en el medio colocaban un cuenco y decían: si tú me das una moneda de cobre yo te cuento una historia de oro. Todos los escritores se instalan en esa tradición e inventan mundos como nuevas Sherezades que tuviesen que rasgar tiempo al tiempo a base de inocencia, lujuria, absurdo y crueldad... y Los sueños de cada uno es el silo necesario del que saldrán los nue-

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

vos talentos que deben alimentar la infinita rueda de la vida de la que hablaba Boecio. Brevedad, intensidad, trascendencia, esa es la santísima trinidad a la hora de ponerse al tajo, y tener siempre el punto de mira puesto en llevarse por delante todo lo que tiene que llevarse por delante la literatura: la ideología, lo pretencioso, la metafísica, el tedio, la falta de empatía, el dolor... El ovillo de los cuentos y las ilustraciones -finalmente es lo mismo porque escribir y pintar es una diferenciación artificial de Occidente, ya que cuando un niño hace su primera letra en un cuaderno cree que está pintando- irá desenredándose poco a poco para que la literatura sea un cuarto de juegos, hermoso, algunas veces extraño, pero juego al cabo aunque se juegue seriedad. Un juego en el que, según Dutton, sólo habrá siete argumentos posibles: la lucha contra el monstruo; de los harapos a la riqueza; el héroe que viaja para salvar a su patria y conseguir el amor de la princesa; el viaje a un lugar extraño y el regreso a casa; la comedia, donde reina la confusión hasta que todo encuentra su orden; la tragedia, donde el ser humano se extralimita y ha de enfrentarse a terribles consecuencias, y el renacimiento que tiene lugar tras un traumático aprendizaje. A partir de esta certeza, deberán guiarse no por la solemnidad, sino por el placer de hacer, y escribir, escribir y escribir, porque un escritor de verdad es alguien que escribe, contra los inquisidores de todas las épocas, contra la censura, al margen de lo ético o moral, sin compromisos sociales, sin ideologías ni ismos ni polémicas triviales. Y donde sí ha de entrar es en contar el rencor, el deseo, la herida, el placer, la muerte, la belleza, la carne... es decir, nos debe hablar de nosotros, nos hace vernos como nos ven los demás y, si es necesario, nos hace reírnos de nosotros mismos.

Al margen de los autores como marcas comerciales, del libro como espectáculo, de su mercantilización, de los circuitos literarios, de la mercadotecnia, de todo ese funcionariado del espíritu, con su profusión y bullicio, siempre quedará la experiencia individual, el placer de leer, porque su materia es la imaginación del lector, y ésta no tiene límite. Y "Los sueños de cada uno" ayuda a que esta experiencia intensa, apasionante, personal e intransferible, divertida, luminosa e iluminadora, nunca tenga fin. Como El Gran Gatsby, como Memorias de Adriano, como El Conde de Montecristo, como Crimen y Castigo, como El amor en los tiempos del cólera, como El hombre rebelde, como lo que ustedes quieran. Y ahora me sentaré entre los anaqueles ordenados y prometedores con historias de hoy y de hace siglos, igualmente frescas, de la biblioteca municipal de Zamora, colocaré mi cuenco de madera y les contaré de aquella vez en que alguien le preguntó a un maestro sufí que bebía vino si el Islam prohibía o no el alcohol, y el maestro sufí le contestó: todo depende de la grandeza de tu fe, si viertes un vaso de vino en un barreño el agua cambiará de color, pero si viertes el mismo vaso en el mar, el mar no cambiará de aspecto, ¿me comprendes? Les aseguro que tengo más, muchas más historias de oro como esta.

Sólo les costará una mísera moneda de cobre.

Ignacio del Valle

Escritor y ganador del II Certamen de relatos "Los sueños de cada uno"

RELATOS CORTOS
Los sueños de cada uno

JUANJO Y CHUCK *Primer premio*
Daniel Morales Perea



LA EXTRAÑA COTIDIANIDAD *Segundo premio*
Miguel Ángel González

"ARS MORIENDI" *Tercer premio*
Andrés Ramos Palacios

A black and white illustration of a kite flying in a cloudy sky. The kite is a simple diamond shape with a tail, and a thin string extends from it towards the bottom left. The clouds are soft and textured, filling the background.

ILUSTRACIÓN
Los sueños de cada uno

SUEÑOS DE UN VERANO CALUROSO Primer premio
Cristina Llanos Sánchez (*Nikita Rodríguez*)

UN CUENTO Y A SOÑAR Segundo premio
María Corte Maidagán

EL OBSERVADOR Tercer premio
Rocío Álvarez Varela

A kite with a white diamond-shaped body and a blue and white striped tail is flying in a clear blue sky. The kite is positioned in the upper right quadrant of the image. A thin white line representing the string extends from the kite down towards the bottom left, passing through the text area. The sky is filled with soft, white, fluffy clouds, particularly concentrated in the lower half of the frame.

Los sueños de cada uno

JUANJO Y CHUCK *Primer premio*
Daniel Morales Perea

1.

Me gusta la casa de Rosario y me pongo muy contento cuando mamá me lleva. Lo mejor de todo son los fantasmas, pero hay otras cosas que también me gustan. Por ejemplo la piscina, que me gusta y no me gusta, porque está prohibido bañarse y nunca le cambian el agua y echa peste y da un poco de miedo pero a mí me gusta. O la cocina, que tiene un cuarto especial para las neveras, en realidad no son neveras sino congeladores, todo lleno de congeladores, y como son plateados parece uno de esos cuartos de la feria, los que están llenos de espejos, y hay un congelador enorme como el de la carnicería, y tiene echado un candado, y nunca nadie nunca se acerca a ese congelador. Y también (esto es lo segundo que más me gusta) cuando Rosario me lleva a un rincón y me dice que no se lo diga a nadie, y mira para un lado y para el otro (yo creo que no quiere que la vea el viejo) y se arremanga la bata y se mete la mano en la falda y saca de algún sitio un monederito negro y me da un billete de veinte euros, y me arrechucha y me besuquea, y eso al principio no me gustaba porque Rosario es muy fea y muy vieja y las manos le huelen raro, pero después me empezó a gustar porque tiene una verruga muy grande en la barbilla, y una vez se la toqué, y estaba muy blandita y me gustó mucho, y siempre que me arrechucha intento tocársela, y algunas veces puedo y otras veces no. Después deja de besuquearme porque llega mi madre y le regaña (y a mí me da miedo de que me quiten los veinte euros y hago como que me amarro los cordones y me escondo el billete en el zapato). Y mamá dice: «Rosario, mujer, no tiene usted por qué darle nada», y Rosario, que a mí me cae muy bien y creo que a mamá también y yo la quiero mucho, dice: «ya sé que no tengo por qué darle nada, Antonia, se lo doy porque quiero. Para mí es como si fuera mi nieto. De lo que tenemos que tener cuidado es de que no se entere el viejo, ni Angustias, sí, mejor que no se entere mi hija.» Y mamá hace así con los brazos como si fuera un botijo, y hace así con la cabeza como si fuera un sonajero, y se va a limpiar el polvo o a fregar los platos. Pero después, cuando estamos en casa, yo la oigo hablar bajito con papá y sé que están hablando

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

de eso, y me acerco sin hacer ruido y oigo que mamá dice: «lo malo va a ser como la Angustias se entere de que su madre le da dinero al niño. Si será lagarta, la Angustias, lo primero que va a pensar es que me lo llevo a tiro hecho, para sacarme un dinerito extra», y papá dice: «pues que piense lo que quiera», y mamá dice: «claro, que piense, y que envenene a toda la familia en mi contra, y que me quede sin trabajo, a ti qué más te da, como tú solito te bastas para mantenernos...» Y entonces a papá le entra un dolor muy grande y se dobla un poquitín, como si le hubieran dado una patada en la barriga, y a mamá le cambia la cara y le habla muy suavemente, como me habla a mí cuando me duele la barriga, y dice que lo siente y le llama cariño, y dice que ella sabe que él lo intenta, y le acaricia el pelo pero papá la aparta de un manotazo y abre la nevera y saca su enfermedad y se encierra en el cuarto. Entonces mamá dice: «¡vale! ¡Eso! Vete a lloriquear al cuarto. ¡Yo me quedo en la cocina a preparar la cena!» Y papá sale del cuarto y dice que ya está hasta los mismísimos, que lo suyo es una enfermedad y una enfermedad es una enfermedad, y mamá dice: «muy bien, qué fácil, yo también puedo ponerme enferma si yo quiero», y le quita su enfermedad y le da un buche, y dice: «¿lo ves? Ya estoy enferma, ahora no puedo cocinar ni limpiar ni trabajar para darle de comer al niño», y él dice que ella no lo entiende, que no puede remediarlo, que el médico ha dicho, y cuanto más hablan más colorados se ponen y más fuertes les salen las palabras y papá acaba diciéndole a mamá que si no le gusta ya sabe dónde está la puerta, y mamá dice que piense bien lo que dice porque si se va se lleva al niño, y papá dice que el niño se queda donde tiene que quedarse, que es con su padre, y mamá dice que ni muerta dejaría al niño con un borracho muerto de hambre, y papá dice que le va a partir la boca para que no diga tonterías, y mamá dice: «no, por favor, que nos va a ver el niño», y papá dice: «Juanjo, vete un ratito al parque que mamá y yo tenemos que hablar de cosas de mayores y no pueden escucharnos los niños chicos», y yo no protesto porque me gusta el parque, pero la verdad es que no entiendo qué quiere decir con lo de los niños chicos, porque yo soy el único niño de la casa y ya tengo ocho años, y a mí no me dan miedo los fantasmas y a mamá tampoco, o eso por lo menos es lo que ella dice.

1.

—¿Entonces me vas a contar el cuento o no?

—Sólo si cierras los ojos y intentas dormirte —dice mamá.

—Pero si está muy oscuro, ¿para qué voy a cerrar los ojos?

—Porque si no no te duermes.

—Pero si me duermo, ¿para qué me vas a contar un cuento?

—Tonto, más que tonto —dice mamá—. Te lo cuento para que te duermas, así que cierra los ojos.

–Vale, ya los he cerrado.

–¿Seguro?

–Sí.

Mamá guarda silencio durante unos segundos, y al final dice:

–No me lo creo.

–Pues no te lo creas.

–Bueno, de todas formas seguro que te entra sueño y te quedas dormido, así que te lo voy a contar – mamá no me escucha pero yo me río. No he cerrado los ojos y no voy a dormirme. Voy a escuchar el cuento hasta el final, como siempre. Mamá es más grande que yo y más fuerte, pero yo soy más listo y la engaño como me da la gana–. Erase una vez un niño... –empieza a decir mamá.

–¿Era muy fuerte?

–Sí, era un niño muy fuerte.

–¿Y tenía músculos?

A mí es que me gustan mucho los músculos.

–Sí, tenía un montón de músculos –dice mamá.

–¿Cómo se llamaban?

También me gustan mucho los nombres de los músculos.

–Pues tenía un montón de abdominales, y unos bíceps enormes, y tenía el pecho muy duro.

–¿Los pectorales?

–Sí, eso, los pectorales. Pero si no te callas de una vez me voy a mi cuarto.

–Ya me callo.

–El niño se llamaba...

–Chuck.

–Vale –dice mamá. Y, por como lo dice, sé que lo que quiere decir es: «vale, cállate ya.» Pero no me callo.

–Como Chuck Norris –digo.

–Ya lo sé, no soy tonta. Y Chuck tenía una madre...

–¿Y era muy guapa?

–Sí, Juanjo, era muy guapa.

–¿Y se llamaba Wendy?

–Wendy, sí, por qué no. Y el niño también tenía un padre.

–¿Y se llamaba Joker?

–Qué pesadito te pones. Sí, el padre del niño se llamaba Joker.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

—¿Y Joker tenía una enfermedad?

—Sí.

—¿Y la enfermedad tenía que ver con la nevera?

—Sí.

—Lo sabía. Sabía que tenía que ver con la nevera.

2.

El viejo no me gusta y a mamá tampoco, pero yo creo que al viejo le gusta mamá porque siempre le está haciendo cosquillas, y a mamá le gusta hacerme cosquillas a mí pero no quiere que se las haga el viejo, no sé por qué, y cuando el viejo se las hace, ella le da tortazos en las manos, tortazos que suenan así de fuertes, placa plast, y a mí me da mucha risa pero al viejo no, el viejo siempre dice: «me cago en dios», y eso no hay que decirlo porque a mí me parece que dios es bueno, aunque a lo mejor no es bueno sino malo y entonces sí habría que decirlo, pero yo creo que es bueno. De todas formas no me gusta que el viejo lo diga ni me gusta que le haga cosquillas a mamá ni me gusta el viejo, y yo no sé por qué pero yo quiero matar al viejo. Porque es que además siempre me está regañando por cualquier cosa, aunque no haga nada me regaña, y yo ya no soy un niño chico y no soy tonto y sé que me regaña para vengarse de mamá por no dejarle hacerle cosquillas, y él no tiene derecho a regañarme porque no es mi padre, ni siquiera mi abuelo, sólo es el jefe de mi madre y juro que cuando sea mayor lo voy a matar. Pero el día que intenté entrar en el cuarto del señorito no fue el viejo el que me regañó sino Rosario, que no me regaña nunca pero sí ese día, me dijo que no entrara en aquel cuarto porque allí estaba la mano negra, la pobre se piensa que soy tonto y que además soy sordo, porque yo sé lo que pasa en ese cuarto, se lo contó mamá a papá y yo lo escuché, ahí lo que pasa es que era el cuarto del hijo de Rosario y que el pobre se murió de pena, que yo eso no lo entiendo, porque uno puede morir de un dolor de barriga si duele mucho mucho, o puede morir porque un caballo le dé una coz (eso lo vi en una película), o porque Chuck Norris le dé una patada voladora, pero no entiendo cómo puede morir de pena, el caso es que por lo visto el hijo de Rosario se murió y desde entonces ese cuarto no se usa, y por lo visto todavía está en el armario toda su ropa, igualito a como él la dejó, y los pósters, creo que hay uno de Butragueño, que según papá es el mejor jugador de la historia, y todo lo demás también sigue igual, hasta las babuchas debajo de la cama, y a mí eso me suena de haberlo visto en una película de miedo pero no me da ningún miedo, y por eso en cuanto pueda me voy a colar. Y tampoco me da miedo el cuarto de los congeladores, y eso que Rosario me dijo que allí tampoco podía jugar, que no entrara nunca en ese cuarto porque allí también estaba la mano negra, no, allí estaba el hombre del saco, porque ni siquiera la mano negra,

dijo Rosario, puede estar en dos sitios a la vez, y desde entonces sólo entro en el cuarto de los congeladores cuando sé seguro seguro que no me va a ver nadie, pero por más que lo intento no consigo abrir el que tiene el candado. Donde ya no juego nunca es en la piscina, porque una vez Rosario dijo que esa piscina estaba maldita y que no se merecía que la lavaran y por eso está tan sucia, y a mí la piscina me gusta pero desde entonces me da un poco de miedo, y además echa mucha peste.

2.

–Pues resulta –dice mamá– que la madre del niño trabajaba de limpiadora en una casa muy grande, con una piscina muy grande y un perro tan grande que los dueños no encontraron una caseta a su medida. Y como el papá de Chuck tenía una enfermedad y no podía cuidar de él, Wendy tenía que llevarse a su hijo al trabajo.

–¿Y el perro no tenía nombre?

–Sí, se llamaba... –antes de que me dé tiempo a abrir la boca, mamá dice–: Spider –y como me parece un buen nombre, no protesto–. Y la dueña de la casa era una ancianita adorable que se llamaba Paca, y el otro dueño de la casa era un viejo tan tonto que ni siquiera tenía nombre, y Paca y el viejo tenían una hija muy fea que se llamaba...

–Cruella de Vil.

–Y también tenían un hijo...

¿Un hijo? Esto no entraba en mis planes.

–¿Tenían un hijo? –digo.

–Sí, tenían un hijo.

–¿Seguro?

–Seguro.

–¿Y el hijo estaba vivo?

–Sí.

–¿Seguro, mamá?

–Segurísimo –qué raro. Un hijo vivo. No me lo esperaba para nada–. Y el hijo de Paca y del viejo se llamaba...

–Jean-Claude. Como...

–Sí, Juanjo, ya lo sé, como Van Damme. Pues Jean-Claude...

–¿Tenía una enfermedad?

–No, Jean-Claude no tenía ninguna enfermedad.

–¿Y tenía gafas?

Los sueños de cada uno

–No empieces otra vez con lo de las gafas.

–Pero es que yo quiero unas gafas.

–Ya te he comprado unas.

–Sí, pero de las negras, y yo las quiero transparentes.

–¿Es que no entiendes que no te podemos poner gafas si ves bien?

–Pero es que yo veo mal.

–Juanjo, ¿quieres que dejemos el cuento?

–No.

–Pues no sigas con lo de las gafas.

Qué rabia, yo quiero unas gafas como las de Isma. ¿Por qué él puede tener gafas transparentes y yo no? Me chisporrotea la boca, siento como si un montón de palabras me rascaran la lengua con las pezuñas, igual que los toros cuando cogen carrerilla. Tengo que ser fuerte, tengo apretar los dientes para que las palabras no me abran la boca, porque como vuelva a decir algo sobre las gafas me quedo sin cuento. Mamá espera un minutito, y, cuando ve que sigo sin hablar, dice:

–Jean-Claude, al principio, estaba casado, pero después ya no.

–¿Y por qué?

–Porque su mujer se murió.

–¿Y por qué?

–Porque las personas se mueren.

–Pues vaya.

–Si no te está gustando lo dejo.

–No, sigue, sigue.

–Pues Jean-Claude...

–¿Era muy fuerte?

–Sí –dice mamá–, y tenía muchos músculos con unos nombres muy bonitos, pero no se le veían nunca porque siempre iba vestido.

–¿Y por qué?

–Porque nunca iba a la piscina ni a la playa.

–¿Y por qué?

–Pues primero, porque no sabía nadar. Y segundo, porque se pasaba todo el día encerrado en su cuarto. Cerraba la puerta y nadie sabía lo que hacía dentro. Horas y horas y más horas. En realidad, lo que pasaba es que estaba muy triste porque echaba de menos a su mujer. Y como a Chuck, que era el hijo de la limpiadora, le picaba la curiosidad, siempre que podía lo espiaba. Se

acercaba a su puerta y asomaba el ojo a la cerradura. ¿Y sabes lo que veía? ¿Eh, lo sabes? Juanjo, ¿estás despierto?

Como no contesto, mamá empieza a levantarse muy despacito, procurando que el colchón no haga ruido.

–¿A dónde vas? –digo.

–¿Estabas despierto?

–Sí.

–¿Y por qué no contestabas?

–Es que estaba pensando.

–¿Y en qué pensabas?

–En lo que veía el niño por la cerradura.

–Ah, muy bien. ¿Y sabes lo que veía?

–No.

–Pues si quieres saberlo tienes que asomarte a la cerradura.

–¿Yo?

Esto tampoco entraba en mis planes.

–Sí, tú –dice mamá–, claro que tú. Venga, ¿a qué esperas?

–Pero... ¿Y si hay un bicho dentro y se me mete en el ojo?

–No hay ningún bicho

–¿Cómo lo sabes?

–Porque yo ya me he asomado.

–Ah. Bueno, entonces...

Me acerco a la puerta de Jean-Claude, afilo la mirada y miro a través de la cerradura. No veo nada, sólo negro.

–Está muy oscuro –digo.

}

Ya me he colado en el cuarto y es verdad que hay un póster de Butragueño, pero seguro que Butragueño no es el mejor de la historia porque tiene cara de viejo. En la esquinita de abajo del póster pone 1985 y he mirado en internet y me he puesto a hacer cuentas, y cuando hicieron el póster tenía 22 años, que eso es ser viejo pero no para un futbolista, porque Messi también tiene 22 y siempre dicen que es muy joven, así que Butragueño era joven pero tenía cara de viejo, y un hombre con esa cara de viejo no puede ser el mejor de la historia, seguro que mi papá lo dice sólo

porque Butragueño es del Madrid y él también, y porque tiene una enfermedad y es un mentiroso, y le habla mal a mamá y a veces me da miedo, y yo no quiero que sea mi padre.

3.

–Está muy oscuro.

–Es sólo al principio –dice mamá–. Sigue mirando.

Aprieto un poco más el ojo contra la cerradura y la habitación se va llenando de luz, muy despacio, como cuando amanece.

4.

Los fantasmas son buenos y avisan a Rosario, ella misma lo dice, que cuando algo malo va a pasar, los fantasmas la avisan. Una vez, por ejemplo, hace mucho tiempo, estaba en la cocina y escuchó unos golpes muy fuertes, y los golpes seguían y seguían y ella no sabía de dónde venían y empezó a preocuparse, y rastreó los golpes con la oreja, y los golpes seguían siguiendo y Rosario se dio cuenta de que venían del piso de arriba, y rastrea que te rastrea hasta que llegó a la puerta del cuarto de su hijo y los golpes estaban allí, y entonces se preocupó otra vez (yo creo que a Rosario le gusta preocuparse) porque pensó que su hijo se había vuelto loco y que estaba golpeando la puerta como un loco, y los golpes todavía golpeaban la puerta, y Rosario abrió la puerta y vio que su hijo no estaba en el cuarto, y cómo iba a ser que hubiera golpes en la puerta si el cuarto estaba vacío, estaba claro que los golpes eran de los fantasmas, y los fantasmas eran buenos pero siempre anunciaban que algo malo iba a pasar, y Rosario vio que la ventana del cuarto estaba abierta y se asomó y le dio un patatús muy grande y todo se puso negro y se cayó, pero no se cayó por fuera de la ventana sino por dentro, así que no le pasó nada, y ella dice que más le habría valido caer por fuera pero yo sé que no lo dice en serio, porque si lo dijera en serio iría de nuevo a la ventana y se tiraría y caería por fuera. Desde aquel día, Rosario siempre va vestida de negro y Angustias también, y una vez mamá le dijo a papá que eso no era normal, lo de Rosario sí pero no lo de Angustias, porque una madre es una madre pero una hermana sólo es una hermana, y que cuándo se ha visto que una hermana guarde luto después de tantos años, y que cuándo se ha visto que una hermana quiera tantísimo a su hermano (y yo eso no lo entiendo porque si yo tuviera una hermana la querría muchísimo), y mamá le dijo a papá que ella juraría que Angustias tuvo algo que ver en lo de la mujer de su hermano, y papá le dijo que había visto muchos culebrones, y eso es verdad porque a mamá le chiflan los culebrones, y yo algunas veces los veo con ella (en realidad, cuando hay colegio por la tarde, salgo corriendo en cuanto suena la campana

para no perderme Topacio, pero eso no hace falta que lo sepan mis amigos), y lo bueno de ser niño es que los mayores se piensan que soy tonto y lo dicen todo delante de mí, y más tonto son ellos que se piensan que soy tonto.

4.

–Ya lo veo.

–¿Qué ves? –pregunta mamá.

–El cuarto de Jean-Claude.

–¿Y no hay nadie dentro?

–Sí, está Jean-Claude.

–¿Y qué hace?

–Nada. Está sentado en la cama y mira la pared.

–Eso es porque está triste –dice mamá.

–No. Si estuviera triste lloraría.

–Qué va, eso es lo que hacen los niños. Los mayores, cuando están tristes, miran la pared.

–¿Y por qué?

–Porque a los niños, cuando lloran, se les quita la tristeza, pero a los mayores no.

–¿Y por qué?

–Porque a los niños, cuando lloran, les hacen muchos mimos y se les da cualquier cosa que pidan, pero a los mayores no les sirve de nada llorar.

–Pues qué rollo.

–Sí, la verdad es que es un rollo. Pero ya está bien de charla, ¿qué más hace Jean-Claude?

–Mamá, no sé si te das cuenta, pero al final soy yo el que te está contando el cuento a ti.

–¿Tú? Qué va. ¿Tú te sabes el cuento?

–No.

–Entonces cómo me lo vas a estar contando tú.

Ahí me ha pillado.

–Es verdad –digo.

–Anda, cuéntame qué mas hace Jean-Claude.

–Ya te lo he dicho, no hace nada. Está sentado en la cama y mira la pared.

–No tienes ni idea de contar un cuento.

–¿Pero no eras tú la que me lo ibas a contar a mí?

–Sí, claro que sí –dice mamá–. Lo que pasa es que te he dejado un ratito para ver si se te ocurría algo.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

Tanto que se dice que los niños tienen mucha imaginación...

–¡Pero si yo no me sé el cuento!

–Da igual, abre las orejas. Un día, Jean-Claude...

–Ah, mamá.

–Qué.

–¿Te puedo hacer una pregunta?

–Buéeeeno.

–Si quieres no te la hago.

–Sí, venga, házmela.

–Si te vas a enfadar no te la hago.

–Que no, que no me enfado.

–Es que como te pones así tan seria...

–No me pongo de ninguna manera, hazme ya la pregunta.

–Vale, te la hago... ¿La mamá de Chuck está enamorada de Jean-Claude?

La pregunta la ha pillado desprevenida. Lo sé porque tarda en contestar.

–A lo mejor está enamorada –dice.

–¿Y él está enamorado de ella?

–Eso no lo sé. Yo diría que no, porque él sólo piensa en su mujer.

–Pero su mujer está muerta.

–Sí, pero la sigue queriendo. De todas formas, Jean-Claude y Wendy no pueden casarse, porque Wendy tiene un marido.

–¿Joker?

–Sí.

–Pero Joker tiene una enfermedad.

–Sí.

–Y mamá, ¿te puedo hacer otra pregunta?

–Házmela.

–¿Jean-Claude va a matar a Joker?

–No, claro que no.

–¿Y por qué?

–Porque Jean-Claude no es un asesino.

–Pues podría matarle, total, si tiene una enfermedad.

–Pues no creo que le mate.

–Si le matara podría casarse con Wendy.

–Pues te digo yo que no va a matarle.

–Jo.

–Si no te está gustando lo deajo.

–No, sigue, sigue.

5.

Otra vez que le avisaron los fantasmas fue cuando lo del perro. Un día, Pánfilo se paseó por la salita. Rosario lo vio entrar por la puerta y meterse en la chimenea, que estaba apagada, y dijo que era raro verlo andar por la salita, primero porque estaba amarrado a la cadena, y segundo porque Pánfilo sabía muy bien que no podía entrar en la casa. Así que fue a la chimenea y metió la cabeza en la oscuridad y no lo vio, salió al patio y allí estaba, amarrado a la cadena, y dijo que tenía la mitad del cuerpo fuera de la caseta y la otra mitad dentro, y yo no sé por qué lo dijo, porque decir eso era como decir nieve blanca o oro dorado (que es una cosa que no hay que decir porque tiene un nombre muy raro, relutancia o algo así, nos lo explicó el otro día el maestro en la escuela), porque todo el mundo sabe que Pánfilo era tan grande que no cabía en la caseta, y por eso, aunque lloviera, sólo metía la mitad del cuerpo, la cabeza, y el culo lo dejaba fuera, y siempre que llovía se le mojaba el culo. Pero era un perro muy fuerte y nunca se resfriaba, y si hubiera querido habría roto la cadena, pero además de fuerte era muy obediente y por eso no la rompía (por eso y porque era el perro más vago que he visto en mi vida, todo el día se lo pasaba tumbado en el patio sin hacer nada, con la cabeza metida en la caseta para que no le diera el sol). Y entonces, cuando Rosario vio que Pánfilo estaba en la caseta y no en la salita empezó a preocuparse, porque decía que ni siquiera un perro tan grande podía estar en dos sitios a la vez, y también porque sabía que eran los fantasmas, que el perro que había entrado en la salita era un perro fantasma, y si los fantasmas la avisaban, malo, y cuatro días más tarde Pánfilo se murió, y todo el mundo decía que cómo podía ser, y a mí me dio mucha pena porque yo lo quería mucho, y Rosario lloraba y Angustias dijo que era normal, que un perro tan grande no pintaba nada en una casa, y el viejo dijo una frase muy larga con muchas palabrotas, y empezaron a pelearse y a dar gritos y no estoy muy seguro pero creo que al final ya no estaban hablando de Pánfilo.

5.

–Ya me has liado, Juanjo. Ahora no sé por dónde iba. No importa, te voy a contar lo del perro, y conforme me vaya acordando te cuento lo demás. Un día Spider se resfrió.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

–¡Pero si era un perro muy fuerte!

–Pues hasta los perros fuertes se pueden resfriar. ¿Y sabes qué? Nadie se dio cuenta de que estaba resfriado.

–¿Y por qué?

–Verás, a Spider le habían prohibido entrar en la casa. Al principio no le importaba, porque Jean-Claude y Cruella jugaban mucho con él en el patio. Pero Jean-Claude y Cruella se hicieron mayores, y dejaron de jugar con Spider.

–¿Y por qué?

–Porque los hombres, cuando se hacen mayores, sólo juegan con las mujeres, y las mujeres, con los hombres.

–Pero Cruella no estaba casada

–No –dice mamá–. Lo que pasa es que Cruella era una sosa.

–Y Jean-Claude ya no tenía mujer.

–No, pero estaba muy triste, así que tampoco tenía ganas de jugar.

–Pues vaya.

–Total, que como ya nadie jugaba con él en el patio, Spider se aburría mucho y cada dos por tres intentaba entrar en la casa. Así que le pusieron una cadena en el cuello.

–Bah, Spider era un perro muy fuerte. Si quisiera rompería la cadena.

–A lo mejor, pero como también era muy bueno, pues no la rompía.

Típico, cuando uno hace lo que le mandan, le dicen que es bueno.

–Eso es lo malo de ser bueno –digo.

–¿El qué?

–Que te aburres. Cuando eres bueno siempre te aburres.

–Es verdad, pero hay que ser bueno. En fin, que Spider era muy bueno y se aburría mucho. Y como se aburría tanto, se pasaba todo el día tumbado, dentro de la caseta. Es decir, con la cabeza dentro de la caseta, porque el resto del cuerpo no le cabía. Y claro, cuando llovía se mojaba la parte de atrás.

–¿El culo?

–Sí, Juanjo, el culete. Y un día llovió mucho y Spider se resfrió. Y como siempre tenía la cabeza metida en la caseta, nadie se dio cuenta de que un hilillo de mocos le colgaba del morro, y tampoco lo escucharon cuando empezó a estornudar.

–¿Y se va a morir?

–Si no lo llevan al veterinario, sí.

–Pero yo no quiero que se muera.

–Entonces tienes que hacer algo.

–¿Yo?

–Sí, tú. Tienes que avisar a Paca.

–¡Yo no puedo avisarla! Esto es un cuento, Paca no me oye.

–Um –dice mamá–, eso es verdad. A ti no puede oírte, pero a Spider sí que lo ve, ¿verdad?

–Claro, ¡es su perro!

–Pues tenemos que conseguir que lo vea. Esto es lo que vamos a hacer: vas a quitarle la cadena a Spider. Cuando él se dé cuenta que no tiene cadena, entrará en la casa, Paca verá que está resfriado y lo llevarán al veterinario.

–¡Vale!

6.

A los tres días tiraron la caseta de Pánfilo a la basura y a mí me dio mucho coraje, porque el otro cuarto era sagrado, lo dejaban todo tal cual, las babuchas y el armario y hasta el póster de Butragueño, y me prohibían jugar en él y me decían la tontería ésa de que allí estaba la mano negra, pero a Pánfilo no, a Pánfilo le rompieron la caseta, le tiraron la caseta, y es que a Pánfilo sólo le quería yo, y a lo mejor mamá.

6.

–¿Lo ves? –dice mamá–. No era tan difícil. Hemos salvado a Spider.

–¡Y el susto que se llevó Paca cuando lo vio entrar en la salita!

–Sí, la pobre se llevó un buen susto, pero ha merecido la pena.

–Y mamá.

–Qué.

–¿Podemos hacer también que Jean-Claude mate a Joker y se case con Wendy?

–No deberías decir esas cosas.

–¿Por qué?

–Porque eres un enano y un gusano con la cara de un marrano del pantano.

–¡Otro!

–¿Otro qué?

–Otro trabalenguas.

–¿No quieres que siga con el cuento?

–Sí, pero con trabalenguas.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

–Bueno, si se me ocurre alguno te lo digo.

–Y mamá.

–Qué.

–No creas que me engañas. Eso lo has dicho para distraerme, pero todavía quiero que Jean-Claude mate a Joker.

–Ya te he dicho que Jean-Claude no es un asesino. A ver, seguimos con el cuento. ¿Por dónde íbamos?

Ah, sí, en esta historia no todo puede salir bien.

–¿Y por qué?

–Porque en la vida no todo puede salir bien.

–Pero esto es un cuento, no la vida.

–Bueno, Juanjo, no me líes. Seguimos con la historia. Cuando el viejo se enteró de que alguien le había quitado la cadena a Spider, se puso furioso y dijo que tenía que haber sido el hijo de la limpiadora.

–¿Chuck?

–Sí, Chuck.

–Pero Chuck no ha sido.

–Ah, eso el viejo no lo sabía. Además, Cruella dijo que ella lo había visto y que había sido Chuck.

–¡Mentira cochina!

–Sí, la verdad es que Cruella es mentirosilla.

–¿Y el viejo regañó a Chuck?

–¿Que si le regañó? Le estuvo vigilando todo el día, y cuando vio que el niño estaba solo le dio un bastonazo en la parte de atrás.

–¿En el culo?

–Sí, Juanjo, en el mismísimo culo. Le dio un bastonazo y le dijo: «esto para que aprendas a portarte como dios manda.»

–Puto viejo...

–Sh, no se dicen palabrotas.

–Y mamá, ¿puedo hacerte otra pregunta?

–Hazla.

–¿Jean-Claude va matar al viejo?

–Jean-Claude no va a matar a nadie, métetelo bien en la cabeza.

–Pero no es justo.

–No, no es justo.

–¿Y por qué?

–Porque en la vida no todo puede ser... Yo qué sé, no es justo y punto. Pero por lo menos hemos salvado a Spider, ¿no?

–Sí, algo es algo.

–No pareces muy contento.

–Estoy contento por lo del perro, pero lo de Chuck no me ha gustado.

–Vaya por dios –dice mamá–. Entonces, se me ocurre que podríamos hacer otra treta.

–¿Qué es una treta?

–¿Cómo que qué es una treta? Una jugarreta majareta, que va en una carreta haciendo piruetas para llegar a la meta.

–¡Otro! ¡Otra! ¡Otra treta!

–Venga, vamos a hacer otra. Para eso tenemos que saltarnos unos cuantos capítulos, pero da igual. Verás, un día Jean-Claude estaba tan triste que no podía soportar tanta tristeza.

–Eso es por no llorar.

–Sí, puede ser. El caso es que se le ocurrió hacer una cosa muy rara. ¿Sabes qué se le ocurrió? ¿Eh, Juanjo, lo sabes? ¿No lo sabes? Oye, ¿estás despierto?

–Sí, es que estaba pensando.

–Ah, vale. Estabas pensando en lo que se le ocurrió a Jean-Claude, ¿no?

–En realidad estaba pensando que no tengo nada de sueño, pero ahora que lo dices...

–No, ahora que lo dices tú. Tienen que ser las tantas y mañana hay colegio. Si el cuento no te da sueño, mejor lo dejamos... Seguro que tenías los ojos abiertos.

–No, mamá, un poquito más. Te prometo que a partir de ahora cierro los ojos.

–¿Lo ves? Los tenías abiertos. Lo sabía.

–Sí, pero ya los voy a cerrar. De verdad, mira, tócamelos.

Mamá me toca los párpados.

–Vale –dice–. Pero dentro de un ratito te los voy a tocar otra vez, sin avisarte, así que si los tienes abiertos te meto el dedo en el ojo.

Pobrecilla, qué inocente. Como si yo no supiera que es incapaz de hacer eso. Ya tengo otra vez los ojos abiertos. Mamá es muy buena pero a veces parece una niña chica.

–Bien –dice–, Jean-Claude estaba tan triste que se le ocurrió una cosa muy rara. ¿Sabes qué se le ocurrió?

–No.

–Se le ocurrió abrir la ventana y subirse al alféizar.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

–¿Qué es un alféizar?

–La parte de la ventana donde se ponen las macetas.

–Ah. ¿Y para qué se subió ahí?

–Pues no lo sé, pero justo debajo de la ventana está la piscina. Y Jean-Claude no sabe nadar.

–¿Y qué pasa si se cae?

–Si se cae –dice mamá–, seguramente se ahogue.

–¡Pero Jean-Claude es el bueno! ¡Y tiene muchos músculos! ¡Y no tiene una enfermedad! No puede ahogarse.

–Pues me parece a mí que como no hagamos algo...

–Ah, vale, ya te pillo. ¿Y qué puedo hacer?

–A ver a ver, habíamos quedado en que Paca no puede oírte, ¿no? Tampoco puede verte. Y si no puede verte ni oírte, se me ocurre que podrías...

–Podría dar un montón de golpes en la puerta de Jean-Claude. Así, cuando Paca los oiga, subirá corriendo y salvará a su hijo antes de que se caiga.

–¿Y a qué esperas?

].

Otro día, Angustias llamó a mamá y yo me escondí para escucharlas, y Angustias dijo que sabía lo de mi madre con su hermano, y mamá dijo que de qué estaba hablando, y Angustias dijo que no se hiciera la tonta, y mamá dijo que nunca jamás nunca había hecho nada con su hermano, y Angustias dijo que por supuesto que no, que qué más querría ella, pero que le habría encantado hacerlo, y mamá dijo que por qué decía eso, y Angustias dijo que la había visto espiarlo por la cerradura, y entonces mamá se puso muy colorada, y Angustias dijo que casi se alegraba de que a su hermano le hubiera ocurrido aquella desgracia, porque así mamá no podía seguir espiándolo, y que pensaba contárselo todo a su marido, es decir a papá, y mamá le pidió por favor que no lo hiciera, que ella no conocía a papá, que la mataría, y Angustias dijo que eso no era problema suyo, y mamá empezó a llorar y Angustias dijo que sabía lo que tramaba, y mamá dijo que no tramaba nada, y Angustias dijo que sí, que ella no se chupaba el dedo, y que le proponía un trato: ella no le diría nada a papá si mamá tampoco abría la boca, y mamá dijo que no entendía, que qué iba a decir ella, y Angustias volvió a decirle que no se hiciera la tonta, que no iba a permitir que nadie la chantajeara, y mamá decía que seguía sin entender, y Angustias dijo que como se le ocurriera decir algo de lo del congelador iría a contárselo todo a papá, y no sólo le contaría lo de la cerradura sino muchas otras cosas, y mamá dijo que no había nada más que contar, y Angustias dijo que

sí, que contar se pueden contar muchas cosas, todas las que una quiera, y que estaba segura de que el borracho ése la iba a creer, y mamá se puso de rodillas y le prometió que nunca diría nada sobre el congelador, y Angustias la miraba con cara de asco y mamá seguía llorando y se abrazaba a sus piernas, y a mí me habría gustado que papá estuviera muerto para que mamá no tuviera que ponerse de rodillas delante de Angustias.

7.

–¡Por los pelos!

–Sí –dice mamá–, ha estado a puntito de caerse a la piscina. Menos mal que Paca ha llegado a tiempo.

Pero en esta historia no todo puede salir bien.

–Ya estamos otra vez.

–Sí, ya estamos otra vez. Resulta que el viejo escuchó los golpes en la puerta de Jean-Claude. Subió corriendo al cuarto y preguntó qué había sido aquel escándalo. Estaba muy enfadado. Para que no se preocupara, Paca le dijo que no había pasado nada, pero el viejo no la creyó. Dijo: «ah, ya sé lo que pasa aquí. El de los golpes ha sido Chuck, y como tú siempre lo estás defendiendo, y además le das dinero a escondidas (¿creías que no me daba cuenta?), no quieres decírmelo para que no le regañe.» Y entonces apareció por allí Cruella y dijo que era verdad, que ella lo había visto, que el de los golpes había sido Chuck, y Chuck echó a correr y se escondió en un armario. Pero el viejo lo encontró. Abrió la puerta del armario y le dijo que saliera. Chuck se cubrió la cabeza con las manos. «No pasa nada –dijo el viejo–. Eres un niño y los niños tienen que jugar. Te perdono.» Parecía que ya se le había pasado el cabreo. Chuck salió del armario y, cuando bajó los brazos, el viejo le dio un pescozón con todas sus fuerzas: «esto para que aprendas a portarte como Dios manda.»

–Qué asco de viejo.

–La verdad es que sí –dice mamá–. Es lo peor.

–Pero, por lo menos, hemos salvado a Spider y a Jean-Claooooouuuud.

Ups, ¿eso ha sido un bostezo?

–Sí, los hemos salvado.

–Ha sido un cuento muy bonito, mamá.

–¿Ha sido? En realidad todavía no ha acabado, pero si ya tienes sueño...

–No, sigue, sigueoooouuu.

Dios, qué sueño tengo. ¿Cómo puede ser? Despierta, Juanjo, despierta, que todavía no ha acabado el cuento.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

–Mejor lo dejamos, estás muerto de sueño.

–Qué va, no tengo sueño. Bueno, un poquitín. ¿Queda mucho?

–No, solamente el final.

–Ah, entonces cuéntamelooooouuu.

¿Otra vez? ¿Me iré a quedar dormido? Que sea un final muy corto, por favor, que sea un final muy corto.

–Vale, te lo resumo para acabar rapidito. Cruella, la hermana de Jean-Claude, estaba celosa de Wendy porque era más guapa que ella. Así que, para fastidiarla, fue a ver a Joker y le dijo que su mujer estaba enamorada Jean-Claude.

–¿Y no estaba enamorada?

–A lo mejor sí, pero Cruella no tenía por qué decírselo a Joker. Total, que Joker se puso hecho una furia y fue en busca a Jean-Claude para matarlo. Cuando llegó a la casa, el viejo le abrió la puerta y le preguntó quién era y qué quería. Él entró en el patio y empezó a dar gritos, diciendo que había venido a matar a Jean-Claude. El viejo intentó impedirle y se pelearon. Y como Joker era más fuerte, lo mató.

–Venga ya, ¿mató al viejo?

–Sí, lo mató allí mismo, en el patio.

–Hostias.

–Sh, no se dicen palabrotas.

–¿Y después mató a Jean-Claude?

–No.

–Ah, claro, porque Jean-Claude era más fuerte.

–No. Es decir, sí, Jean-Claude era más fuerte, pero Joker ni siquiera llegó a verle. Ocurrió que en el patio estaba Spider, el perro, que, cuando vio que Joker había matado a su amo, se arrojó sobre él y lo mató.

–¿Qué? ¿Spider mató a Joker?

–Sí, eso hizo. Spider no era un perro malo, pero Joker había matado a su amo y él tenía que vengarse.

–Mamá, ¿tú estás segura de que pasó todo eso?

–Segurísima. Y todavía hay más. Cruella sintió muchos remordimientos, porque por su culpa había muerto su padre. Así que se tiró a la piscina y, como tampoco sabía nadar, se ahogó.

–No puede ser. En los cuentos no muere tanta gente. En las pelis de Chuck Norris sí, pero en los cuentos...

–¿Y a ti que te gustan más, los cuentos o las pelis de Chuck Norris?

–Hombre, depende. Si hay muchos muertos, los cuentos.

–Entonces de qué te quejas.

–No, si no me quejo. Es sólo que no me lo esperaba. ¿Y así acaba la historia?

–Bueno, en realidad hay una última cosa. Paca quería mucho a su hija y a su marido, y no se resignó a perderlos para siempre. Así que los metió en un congelador y lo cerró con candado. Además, odiaba tanto a Joker que dejó que Spider se lo comiera.

–¿Y Spider se lo comió?

–¡Digo que si se lo comió! Enterito, hasta el último hueso.

–Flipante.

–Y, por supuesto, ahora que Wendy estaba libre, se casó con Jean-Claude y fueron muy felices: Wendy, Jean-Claude y Chuck.

–Ya decía yo que Wendy y Jean-Claude tenían que casarse.

–Y ya está, así acaba la historia. ¿Te ha gustado?

–Sí, me ha gustado un montón. Sobre todo el final, cuando empieza a morir gente y...

–Sh, calla –dice mamá–. Hazte el dormido, que viene mamá.

Una luz brillante se cuela por debajo de la puerta. Me hago el dormido. La puerta se abre y entra mamá. Sí, es mamá, huele a mamá. «¿Te estás haciendo el dormido? –dice, y yo no contesto, porque hace mucho rato que me acosté y a lo mejor se enfada si se entera de que todavía estoy despierto. Lo que hace ahora me gusta: me da un beso en la frente. Después me sube la colcha hasta la barbilla y dice–: Por si acaso, buenas noches.

A kite with a white diamond-shaped body and a blue and white striped tail is flying in a clear blue sky. The kite is positioned in the upper right quadrant of the image. The sky is filled with soft, white, fluffy clouds that are more prominent in the lower half of the frame. The overall atmosphere is bright and airy.

Los sueños de cada uno

LA EXTRAÑA COTIDIANIDAD *Segundo premio*
Miguel Ángel González

|

A veces hago las cosas sin saber muy bien por qué, como ahora mismo, por ejemplo, que escribo pero no tengo muy claro a quién quiero dirigirme ni qué quiero contar.

Escribo muy a menudo, casi todos los días, pero lo hago porque no tengo nada mejor que hacer. Hay veces en las que pienso que escribo para no mirar al frente. Cuando escribo, en cierto modo, es como si pudiera revivir el pasado. Es, incluso, como si pudiera modificar cosas que ya ocurrieron sin que eso altere el presente ni condicione el futuro. Si algo no me gusta, lo escribo de forma distinta a como realmente ocurrió, y, años después, al releer mis textos, no soy capaz de distinguir que parte de lo que escribí era cierta y que parte era producto de mi imaginación.

Supongo que esforzándome conseguiría distinguirlo, pero de forma subconsciente me niego a hacerlo. Nadie puede obligarte a recordar tu vida tal y como fue.

||

Hace años un tipo llamado Plennie Wingo recorrió 17.875 kilómetros caminando de espaldas. Lo hizo desde Fort Worth hasta Estambul. Caminó sin la compañía de nadie y necesitó años de travesía hasta que consiguió terminar su viaje. Un viaje en el que, día tras día, se alejaba de todo lo que le rodeaba y se dirigía hacia un futuro incierto al que daba la espalda.

Al terminar su recorrido le preguntaron por el motivo que le había llevado a realizar tal acción, y él se limitó a responder que prefería andar así para poder ir siempre mirando hacia atrás, contemplando el camino recorrido y no el que le quedaba por recorrer. Según explicó, haciendo esto conseguía concentrarse en todas las cosas que ya había hecho, en todos los objetivos y todas las metas que ya había cumplido, ya que le aterrizzaba la idea de pensar en todas aquellas que todavía no había alcanzado, o las que quizá no alcanzaría nunca.

Ya lo dijo Leonard Cohen: *El futuro es un asesino.*

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

III

Mi hermana murió cuando tenía trece años.

Le gustaba cantar y pintarse los labios. Por las tardes, cuando estábamos solos en casa, agarraba el pintalabios de nuestra madre y cantaba canciones de Madonna.

Mi hermana no sabía inglés y no cantaba demasiado bien. Madonna tampoco.

Mi hermana se llamaba Lucía y tenía una cabeza muy pequeña, como la de una muñeca, y unos ojos enormes, como los que tienen las protagonistas de esas series de dibujos animados japoneses. Eran marrones, sus ojos, pero si parpadeaba muy rápido, si lo hacía realmente rápido, parecían verdes, tan verdes como dos pequeñas esmeraldas.

La atropelló un tipo que llegaba tarde al trabajo.

Ella también llegaba tarde a clase, por eso cruzó la calle sin mirar; por ese mismo motivo, por el dichoso tiempo que no deja de pasar, el conductor no pudo pisar el freno. No tuvo tiempo.

Realmente sí pisó el freno, pero lo hizo tarde, que teniendo en cuenta el resultado fue una acción tan inútil como no pisar el freno. En cualquier caso el coche no consiguió detenerse a tiempo y arrolló a Lucía.

Era un Renault 11 rojo con matrícula de Barcelona.

Era un coche viejo, y quizá de haber sido un modelo nuevo mi hermana seguiría viva, pero las suposiciones no sirven de nada, decir eso, es como decir que si Kennedy no hubiera ido a Dallas quizá Estados Unidos no hubiera invadido Irak. Las suposiciones solamente sirven para atormentarse. Para hacer las ideas más borrosas y complicadas.

La cabeza de Lucía se reventó contra el parabrisas del viejo Renault 11. En cambio, el cristal ni tan siquiera se resquebrajó.

Ya lo dije antes, Lucía tenía una cabeza muy pequeña y unos ojos muy grandes.

IV

Un día estábamos en casa, cenando en silencio, mirando la televisión como imbéciles, cuando llamaron a la puerta.

Abrió mi padre.

Al otro lado de la puerta había un tipo gordo con una camisa blanca manchada de sudor.

Mi padre miró sin decir nada al tipo gordo y después el tipo gordo miró a mi padre. Finalmente el tipo gordo rompió a llorar.

Aquel era el hombre que había matado a mi hermana.

Se sentó en una silla, en la única que había libre junto a la mesa, en la silla en la que se sentaba Lucía, y nos pidió perdón.

No era una mal tipo, me refiero a que no parecía un maltratador, ni un asesino en serie, ni un borracho... incluso si te quedabas mirándole fijamente, si le contemplabas durante unos segundos sin parpadear siquiera, no parecía tan gordo.

-Pasado mañana es su cumpleaños –dijo mi madre-, cumpliría catorce años –concluyó.

El tipo gordo volvió a llorar, pero esta vez incluso se dejó caer al suelo clavando sus rodillas en el parquet. Mis padres nunca lo dijeron, pero creo que hubieran preferido que el asesino de su hija hubiera sido un pedófilo o un psicópata.

No es fácil odiar a una persona mientras llora arrodillada junto a tus pies.

V

Yo no tengo coche. Tampoco carnet de conducir. Voy a todos los sitios andando. No me gusta estar sentado.

Mi psiquiatra dice que se debe al accidente de Lucía, pero yo creo que mi psiquiatra es gilipollas, no se lo digo, pero lo pienso.

Cuando Lucía estaba viva también iba andando a todos lados. Esto mi psiquiatra no lo sabe, pero no me apetece decírselo porque seguro que consigue darle la vuelta para que parezca que él lleva razón y que yo estoy como una jodida regadera.

Lo que más rabia me da de la muerte de Lucía, es que la atropellaron por intentar no llegar tarde a la escuela. A mí nunca me gustó ir al colegio; a ella tampoco, por eso no me parece justo que la atropellaran mientras intentaba llegar a tiempo a un sitio que odiaba. Por eso yo no creo en Dios.

Si Dios existiera, si hubiera un ser todopoderoso, arrugado y canoso, observándonos a todos por encima de nuestras pequeñas cabezas, no puedo entender que se quedara impassible mientras un tipo gordo atropellaba a una niña de trece años que iba de camino a la escuela. No puedo entenderlo, sobre todo, porque mi hermana odiaba ir a la escuela.

VI

Mi padre y mi madre no hablan demasiado de ella y mucho menos del día del accidente, pero en el fondo se sienten culpables.

Muchas mañanas mi madre se sienta en un pequeño taburete de la cocina, mirando por la ventana, e intenta recordar todas las cosas que hizo aquella mañana. Y se queda allí, quieta, en silencio, hasta que encuentra un motivo por el que sentirse culpable. Algunas veces dice que tardó demasiado

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

tiempo en preparar el desayuno y otras veces dice que despertó demasiado tarde a Lucía; da igual el argumento, cualquier excusa le sirve. Lo único que necesita es encontrar un motivo para reprocharse lo mala madre que fue. Es la única manera con la que consigue llorar.

VII

En el año 1771, Nicolás Gugnot, un ingeniero del ejército francés, dejó su trabajo, abandonó a su familia y apartó a un lado su vida para intentar cumplir una quimera que le había arrebatado el sueño: desarrollar el primer automóvil de la historia.

Pasó años encerrado intentando dar forma a una máquina que consiguiera transportar al hombre a cualquier lugar sin necesidad de que éste se moviera. Nadie confió en él. Le trataron como a un loco y como a un desertor de la milicia francesa.

El resultado de su incalculable esfuerzo, fue un carromato pesado y ruidoso que funcionaba gracias a una gigantesca caldera de vapor, y que se sostenía sobre tres inmensas ruedas que se movían con mucha dificultad.

Y, aunque Nicolás Gugnot murió desterrado y sin que nadie confiara en sus ideas, en la actualidad se le considera el precursor del primer vehículo de la historia.

Mi padres nunca han oído hablar de este militar francés, ni de sus infructuosos esfuerzos por desarrollar un automóvil, pero si supieran de su existencia, serían capaces de acusar al mismo Gugnot de la muerte de Lucía.

Y es que si te decides a saltar dentro de un charco con todas tus fuerzas, lo más probable es que acabes salpicando todo cuanto te rodea.

VIII

Dos días después de la visita del tipo gordo, nos llegó a casa un ramo de rosas rojas. Eran catorce rosas rojas. Una por cada año que hubiera cumplido Lucía si aquel tipo obeso no se la hubiera llevado por delante.

Junto a las flores había una nota manuscrita. En ella nos decía lo mucho que lo sentía y que cada día al levantarse y al acostarse veía la cara de Lucía. También decía que aunque nunca antes había escuchado su voz, en sueños sentía como mi hermana le preguntaba el motivo por el que la había atropellado.

Y por último, nos explicaba que su voz era tan dulce y tan inocente que estaba seguro de que la escucharía durante el resto de su vida, y que le atormentaría hasta el día del juicio final.

Mi madre tiró el ramo de rosas a la basura y guardó la nota en el cajón de su mesilla de noche.

Nunca entendí por qué no lo hizo a la inversa.

X

Lucía tenía una voz distinta a la de cualquier chica de su edad. Parecía mucho más mayor.

Le gustaba llamar por teléfono a los programas esos en los que salen letras desordenadas y tienes que formar palabras con ellas.

Un día estábamos sentados en el sofá; sin hacer nada en especial, mirando la televisión para matar el tiempo. Era verano. Era una noche de verano. Era una calurosa noche de verano.

Dentro del televisor había una chica rubia con un vestido azul y unos dientes muy blancos. No parecía una gran presentadora, se trababa en una de cada tres palabras que pronunciaba, pero tenía unas tetas enormes y unos dientes perfectos. Así que cada vez que se equivocaba se movía de forma torpe, como si estuviera convulsionándose, para que sus enormes tetas bailaran dentro del escote de su ceñido vestido azul, y, mientras lo hacía, sonreía abriendo la boca tanto como podía, para que todos los que estuviéramos viéndola desde casa pudiéramos contemplar sus inmaculados dientes blancos.

Detrás de ella, en una especie de corcho rectangular, había una pequeña sopa de letras:

F	O	C	A	E	L	P	P
V	A	C	A	M	O	N	A
L	E	O	N	O	R	O	T
S	E	G	A	T	O	S	O
P	E	R	R	O	A	O	P

La supuesta dificultad del concurso consistía en intentar buscar el nombre de un animal entre las letras desordenadas.

-Cualquier estúpido podría encontrar un animal escondido en esas letras –dijo Lucía-. Es un juego absurdo-concluyó.

-Ya –le dije.

-¿Quieres que llame para burlarme de las tetas de la presentadora? –me preguntó.

-Claro.

Un tipo atendió nuestra llamada y nos puso en espera, donde pasamos al menos veinte minutos, escuchando una de esas repetitivas melodías enlatadas, con el teléfono en medio de nuestras cabezas y una pícaro sonrisa dibujada en nuestros rostros.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

Finalmente la llamada se cortó y no conseguimos hablar con la presentadora, que seguía moviéndose tanto como podía cada vez que se equivocaba al intentar decir algo coherente.

Volvimos a llamar, pero esta vez fui yo el que habló por teléfono.

-Creo que sé la respuesta correcta –dije al mismo tipo que nos había atendido al realizar nuestra primera llamada.

-¿Cuántos años tienes? –me preguntó.

-¿Y eso que más da? –le contesté-. ¿Cuántos tienes tú? –le pregunté yo.

-Hay que ser mayor de edad para participar –dijo en tono severo.

Y después colgó.

Yo era mayor que Lucía. Ahora lo sigo siendo, sobre todo desde que la atropellaron y dejó de cumplir años. Pero eso no le importó un carajo al tipo que estaba al otro lado del teléfono.

Mi hermana tenía una voz que parecía la de un adulto; la mía, en cambio, parece la de un adolescente.

Y eso, diga lo que diga la fecha de nacimiento que aparece impresa en nuestro documento de identidad, no hay quién pueda cambiarlo.

X

No llevo reloj.

Antes sí, pero desde que murió Lucía dejé de usarlo.

Cuando mi psiquiatra me pregunta el motivo por el que me lo quité me invento una absurda excusa.

Le digo que no me gusta sentirme atrapado por las normas establecidas; que me angustia sentir el martilleo constante de sus agujas. Pero lo cierto es que dejé de usarlo porque a Lucía la atropellaron por intentar no llegar tarde a la escuela y, aunque esto nunca se podrá demostrar, yo creo que de no haber llevado reloj ahora no estaría muerta, o, en su defecto, de no haberlo llevado el tipo gordo que la atropelló, ahora seguiría viva.

Mi psiquiatra no lo sabe; no lo sabe porque yo no se lo he contado y si no se lo he contado yo es sencillamente imposible que lo sepa. El caso es que mi psiquiatra no lo sabe, pero el reloj que llevaba Lucía el día del accidente, el reloj que no paraba de mirar para saber si conseguiría llegar a tiempo, se lo regalé yo por su decimosegundo cumpleaños.

Cuando mi padre fue a reconocer su cadáver, le entregaron una bolsa de plástico que contenía las escasas pertenencias que habían hallado junto al cuerpo: un colgante en forma de corazón sujeto por una vieja cuerda negra, un anillo de coco, las zapatillas que se ponía los días que tenía educación física en el colegio y el reloj. El vestido estaba manchado de sangre, así que no se lo dejaron llevar.

Mi madre se deshizo de todas las cosas para no pasarse el día llorando al verlas. Pero el reloj no lo tiró. Dejó que yo me lo quedara, como si en el fondo ella también pensara que él era el culpable de todo lo ocurrido.

Lo guardé dentro de una pequeña caja de madera, después lo envolví con un paño de algodón blanco y lo escondí en el fondo del armario de mi habitación.

Nunca junté el coraje necesario para deshacerme de él, ni tan siquiera para volver a sacarlo, pero algunas noches al intentar dormir sentía como si el tic-tac de sus manecillas me taladrara el cerebro.

Nunca he vuelto a usar un reloj desde aquel día, y lo cierto es que no tengo muy claro si me aterroriza más la idea de morir atropellado, o de ser yo quién le arrebate a alguien la vida llevándomelo por delante.

XI

A veces tengo un sueño en el que estoy en un pasillo, en mitad de un pasillo. Todo está oscuro. No puedo ver lo que hay a un par de metros del lugar en el que me encuentro. No puedo verlo tanto si miro al frente, como si miro hacia atrás. Todo está realmente oscuro.

De repente comienzo a escuchar una voz. Es la voz de una chica, de eso estoy convencido. Creo que es la voz de una niña, aunque eso no lo puedo asegurar. Y, desde que murió mi hermana, pienso que tal vez sea ella quién me hable. Aunque de ser así, no tendría sentido que hubiera tenido el mismo sueño desde que era un crío.

No consigo entender con claridad lo que la voz quiere decirme, pero puedo intuir que me está pidiendo ayuda. Intento caminar hacia el lugar del que proviene, pero no consigo avanzar. Lo intento con todas mis fuerzas, pero nada; me concentro y hago un infructuoso esfuerzo por andar hacia la voz de la chica que me dice algo que no consigo entender, pero por más que lo intento no consigo adelantar ni un maldito metro.

Por la mañana cuando despierto después de haber pasado la noche dentro de un estrecho pasillo sin luz, siempre lo hago sudando y jadeante; lo cual, teniendo en cuenta que en el sueño no consigo realizar ningún movimiento, no parece tener lógica.

XII

Bob Dylan, en una de sus canciones, dice algo así como: *te dejaré estar en mis sueños, si tú me dejas estar en los tuyos.*

Yo sueño muchas veces con Lucía. A veces la veo viva y otras veces muerta.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

Cuando está viva ríe, baila y canta y a mí me gusta mirarla. Sueño con que ella no puede verme y yo la miro a través de la cerradura de la puerta de su habitación, y la veo bailar, cantar y reír.

Cuando sueño que está muerta también la observo en silencio desde la cerradura de la puerta, pero entonces ni canta, ni ríe, ni baila. Está quieta, tumbada encima de la cama. Pálida. Inerte. Muerta.

Si son ciertas las palabras de Dylan, quizá sueño con Lucía porque ella sueña conmigo.

Cuando me la imagino muerta, tiene la cabeza sobre la almohada. La almohada está manchada de sangre. Las sábanas también. Incluso el suelo está manchado de sangre.

¿A quién le importa un carajo lo que diga Bob Dylan? Ni los vivos deberían soñar con los muertos, ni los muertos deberían soñar con los vivos.

XIII

La noche que me enteré de la muerte de Lucía me escapé de casa. Mis padres no me vieron. Se pasaron toda la noche en vela, sentados en sendos taburetes junto a la encimera de la cocina. Apenas hablaban, se limitaban a estar allí, sentados en silencio, uno frente al otro; sin decirse nada, sin mirarse siquiera.

Creo que desde aquella noche nunca volvieron a ser los mismos.

El caso es que me escapé y ellos no me vieron. No tenía la menor idea de lo que podía hacer en la calle a las dos de la mañana, así que me puse a correr por las avenidas vacías todo lo rápido que pude, hasta que el corazón me comenzó a latir tan rápido que me entró miedo al pensar que podría acabar estallándome dentro.

Me senté agotado en mitad de la calzada y esperé la llegada de un coche. Quería comprobar si tendría el valor necesario para quedarme quieto. Si conseguiría permanecer sentado, impertérrito, mientras los faros de un automóvil se acercaban a mí a más de setenta kilómetros por hora.

Esperé un minuto.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

No pasó nadie.

Regresé a casa caminando, arrastrando los pies como si los zapatos me pesaran dos toneladas, y abrí la puerta intentando hacer el menor ruido posible.

Mis padres seguían en el mismo sitio en el que les había dejado.

Creo que en cierto modo, cada uno a su manera, los tres nos habíamos sentado a esperar la llegada de un vagón de mercancías para que nos pasara por encima. Pero lamentablemente uno no siempre encuentra a un gordo con prisa cuando le busca.

XIV

Cada uno debería poder elegir su propio destino, o, al menos, su propio desenlace.

Abdón Porte nació en Montevideo, Uruguay, un lejano 5 de marzo de 1880. Dedicó toda su vida al fútbol, deporte al que amaba por encima de todas las cosas. Debutó en el Nacional de Montevideo el 12 de marzo de 1911, lo hizo jugando en la posición de lateral derecho, aunque con el paso del tiempo acabaría adaptando su posición, para terminar su carrera como mediocentro defensivo. Su debut se produjo contra el club Dublín.

En Nacional, Porte fue titular indiscutible durante 207 partidos, llegando a vestir el brazalete de capitán en varias ocasiones.

Debido a su aspecto físico y a su estilo de juego, aguerrido y combativo, se le apodó con el sobrenombre de "El Indio", término por el que fue conocido a la largo de toda su carrera.

A comienzos de 1918, la comisión directiva del club decidió sentar a Abdón en el banquillo y colocar en su lugar a Alfredo Zibechi. Esta decisión se debió, según le explicó el entrenador al propio jugador, al bajo rendimiento que Porte había tenido a lo largo de la anterior temporada.

El 4 de marzo de 1918, Nacional disputó un encuentro frente al club Charlie. Aquel fue el primer partido que Abdón disputó como titular aquella campaña. Nacional ganó por una diferencia de tres goles y Porte disputó uno de los mejores encuentros de toda su carrera.

Por la noche, como era costumbre en el equipo, dirigentes y jugadores se reunieron en la sede del club para festejar la victoria. A la una de la madrugada "El Indio" se excusó delante de sus compañeros y les dijo que se marchaba a casa para descansar. Según relataron posteriormente algunos de sus amigos, nadie notó nada extraño en su comportamiento.

Esa misma noche, Abdón Porte se dirigió al estadio Parque Central, a la cancha en la que llevaba jugando de forma ininterrumpida desde 1911. Caminó despacio, mirando hacia la grada, hasta llegar al círculo central. Una vez allí, y con lágrimas en los ojos, levantó los brazos como si estuviera despidiéndose de todos aquellos aficionados que le habían aclamado a lo largo de toda su carrera. Acto seguido sacó un revólver de su chaqueta, se colocó el cañón a la altura del corazón y apretó el gatillo.

A la mañana siguiente, el 5 de marzo de 1918, el mismo día en el que había nacido "El Indio" 28 años antes, el perro de un trabajador del club encontró su cuerpo inerte en medio del estadio.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

Junto al cadáver se encontró una carta dirigida al presidente del Nacional de Montevideo. Su texto decía lo siguiente:

"Querido Don José María Delgado, le pido a usted y al resto de los miembros de la comisión, que hagan por mí lo mismo que yo hice por ustedes. Ayuden a mi familia y a mi amada madre. Adiós, querido amigo de la vida".

A modo de firma, Porte usó el siguiente verso:

"Nacional, aunque en polvo convertido y en polvo siempre amante, no olvidaré un instante lo mucho que te he querido".

Aún hoy, casi cien años más tarde, cada vez que se disputa un encuentro en el Parque Central, se coloca en la tribuna una bandera en la que puede leerse:

"Por la sangre de Abdón".

Por ese motivo todos deberíamos poder elegir nuestro final, porque quizá no hayamos tenido una vida ejemplar, pero tal vez podríamos arreglarlo con un buen desenlace; como esas películas americanas que parecen no tener ningún sentido, pero en las que al final el malo nunca resulta ser el que pensabas que era y ya no te parecen tan horribles.

Lo más curioso de esta historia, es que cada día mueren miles de personas en el mundo, muchas de ellas deportistas, algunos de ellos futbolistas, e incluso es posible que bastantes de esos futbolistas muertos sean mejores que "El Indio", pero como ninguno de ellos acaba sus días volándose la tapa de los sesos en mitad de un estadio, a nadie le importa un carajo.

XV

Yo nunca hablé demasiado con mi padre. Teníamos una extraña relación; tan extraña que casi se podría asegurar que nuestra relación era inexistente.

Una noche, un par de meses después de la muerte de Lucía, entró en mi habitación y me despertó zarandeándome con delicadeza.

Abrí los ojos y le miré.

Todo estaba oscuro, pero aún así me pareció observar que estaba vestido. Me refiero a que llevaba ropa de calle y no un pijama, lo cual era bastante extraño teniendo en cuenta que eran casi las cuatro de la madrugada.

-¿Qué ocurre? -le pregunté.

-Si pudiera responder a esa pregunta fácilmente, no llevaría una mochila a la espalda.
Subimos al coche y arrancó el motor. Circulamos en silencio por las calles vacías. Después nos adentramos en la autopista y abandonamos la ciudad a más de ciento cuarenta kilómetros por hora. Cuando la carretera dejó de estar iluminada mi padre detuvo el vehículo, dejándolo estacionado en la cuneta, y apagó las luces.
No se podía ver nada.
Todo estaba oscuro y silencioso.
-Bájate del coche –me dijo.
Y, aunque no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, obedecí sin atreverme a mirarle siquiera. Colocó la mochila sobre el capó y abrió su cremallera. Dentro había una escopeta con los cañones recortados y media docena de cartuchos.
-Tu abuelo me regaló esta escopeta el día que me casé con tu madre –me dijo.
Introdujo dos cartuchos y tragó una gran bocanada de aire.
-Algunas veces vengo aquí –continuó diciendo-, y disparo al aire en mitad de la noche.
-¿Y no te preocupa la posibilidad de herir a alguien? –le pregunté yo.
-Claro que me preocupa, por eso lo hago. Si un desconocido pudo arrebatarle a mi hija llevándosela por delante con su coche, ¿por qué no voy a poder hacer yo lo mismo con otro desconocido? Levantó la mano con la que estaba empuñando el arma y apuntó hacia la oscuridad. Después apretó el gatillo. Una pequeña nube de humo se formó a nuestro alrededor.
-Creo que sólo has conseguido herirte a ti con ese disparo –le dije.
-¿Y por qué piensas eso? –me preguntó.
-Porque si quisieras herir a otra persona, no recorrerías noventa kilómetros para disparar en mitad de la nada.
Guardó la escopeta en la mochila y volvimos a casa sin pronunciar una sola palabra durante todo el trayecto.
Mi padre estacionó bajo una farola y apagó el motor.
-Nosotros no podemos decidir lo que es justo e injusto –me dijo-. Pero tampoco podemos permitir que sean otros los que decidan por nosotros –concluyó.

XVI

Mi padre conoció a mi madre en la boda de su hermano.
El hermano de mi padre era un tipo muy gracioso que siempre vestía zapatillas de tenis blancas y pantalones vaqueros, y al que simplemente llamábamos tío.

Los sueños de cada uno

Mi madre era una amiga de la prometida.

Mi padre y mi madre no se conocían y no se dirigieron la palabra en toda la ceremonia.

Mi madre llevaba un vestido azul y un recogido que dejaba a la vista su cuello y sus hombros. Tenía un cuello precioso y unos hombros llenos de pecas. El resto de su cuerpo no llamaba demasiado la atención.

Cuando comenzó a sonar la música nadie se acercó al lugar en el que ella se encontraba para sacarla a bailar. Así que se quedó de pie, sola, en una de las esquinas de la sala, con su vestido azul, su precioso cuello y sus hombros poblados de pecas.

Mi padre estaba borracho y aburrido. No tenía nada que perder y la bebida era gratis, así que cogió una copa y se acercó hasta el lugar en el que ella se encontraba. La miró en silencio durante unos segundos y después dijo que tenía el cuello más bonito del mundo, y mi madre le devolvió la mirada y le dijo que estaba borracho. Entonces él sonrió y dijo que ambos habían dicho la verdad.

Esa misma noche hicieron el amor en el asiento trasero del coche de mi padre.

Cuando Lucía murió nuestro tío estaba postrado en la cama de un hospital. Un cáncer le devoraba por dentro y pasaba muchas más horas del día agonizando que viviendo. Debido a su estado mis padres decidieron no contarle el accidente de Lucía para que no sufriera más de lo necesario; así que cada vez que le visitábamos, excusaban a mi hermana inventándose algún supuesto trabajo que tenía que presentar al día siguiente en el colegio, o algún inexistente catarro.

La noche que mi tío murió le pidió a mi padre que le dejara hablar con Lucía, que necesitaba despedirse de ella. Mi padre le acercó un teléfono móvil al oído. Al otro lado del aparato no había nadie. Mi padre lo sabía. Mi madre lo sabía. Yo también lo sabía. Todos cuantos estábamos en aquella habitación conocíamos la mentira. Todos excepto él.

Le dijo a Lucía que no se preocupara, que todo iba a salir bien y que no llorara, que antes de lo que ella imaginaba volverían a estar juntos para jugar con sus muñecas.

Después dejó caer el teléfono, cerró los ojos y murió.

Y aquella piadosa mentira que le dijo a Lucía antes de morir para intentar no preocuparla, se convirtió, ante nuestros ojos, en la más cruel verdad que hayamos escuchado.

XVII

En el año 1998 Fernando León de Aranoa estrenó la película Barrio. Fue su segundo largometraje y con él ganaría, entre otros, un Goya a la mejor dirección, otro al mejor guión original y la Concha de Oro en el festival de cine de San Sebastián.

Los protagonistas de la cinta son tres jóvenes: Rai, Javi y Manu; interpretados por Crispulo Cabezas, Timy Benito y Eloi Yebra. La historia habla de tres chavales que comparten esa edad en la que ni se es hombre ni se es niño, en la que se habla mucho de chicas y muy poco con ellas. Comparten también la vida en el barrio, el calor del verano y un montón de problemas.

Aunque la película gira en torno al personaje de Rai, a mí el que me parece realmente interesante es Manu. Su historia cuenta que vive solo con su padre y que, según le dice siempre éste, su hermano mayor es un importante hombre de negocios que nunca encuentra tiempo para visitar a la familia. El caso es que un día, por una de esas casualidades que parecen no tener una explicación lógica, Manu se encuentra con su hermano y éste no se parece en nada a un hombre de negocios. No lleva traje, ni maletín, y, en lugar de pluma, usa una jeringuilla con la que intenta olvidarse de todo cuanto le rodea.

Hay una secuencia, ya casi al final, en la que Manu está cenando junto a su padre. Encima de la mesa hay un reloj, justo al lado de los cubiertos; es uno de esos relojes digitales con la correa negra de plástico. Según le había dicho su padre, el reloj había sido un regalo de su hermano, que como no podía asistir a su cumpleaños al encontrarse en un congreso, se lo había mandado por correo postal.

Obviamente, al descubrir la falsedad de la historia de su hermano, Manu también descubre que el regalo era parte de esa mentira. De cualquier modo, lo realmente trascendental es que el reloj está encima de la mesa, justo al lado de los cubiertos.

El padre de Manu, al verlo allí, le pregunta el motivo por el que no lo lleva puesto, y él, con cierto desdén, le responde que le hace daño y que por eso se lo ha quitado. Después de esa conversación hay unos segundos de silencio. Y después de esos segundos de silencio habla Manu y le dice a su padre que ha visto a su hermano. Después de la frase de Manu hay otros segundos de silencio. Y después de esos últimos segundos de silencio, el padre de Manu rompe a llorar.

La verdad es que no sé muy bien si se entiende lo que quiero contar. Hay cosas, como un reloj, por ejemplo, que a simple vista no parecen tener importancia, pero que rodeadas de unas determinadas circunstancias pueden tener un significado especial.

Supongo que por ese motivo sigo escuchando el tic – tac de las agujas del reloj de mi hermana cada noche al intentar dormir, aunque haga años que abandoné la casa de mis padres, dejándoles en el fondo de un armario, toda mi culpabilidad dentro de una caja de madera envuelta en un paño de algodón.

A kite with a white diamond-shaped body and a blue and white striped tail is flying in a clear blue sky. The kite is positioned in the upper right quadrant of the image. The sky is filled with soft, white, fluffy clouds that are more prominent in the lower half of the frame. The overall atmosphere is bright and airy.

Los sueños de cada uno

"ARS MORIENDI" *Tercer premio*
Andrés Ramos Palacios

Juan era taxista, pero podría decirse que su verdadero oficio consistía en charlar. Su verborrea era todo un prodigio, y de haber conocido circunstancias más favorables bien le habría servido para abrirse camino en la vida, como a menudo hacía notar. Era un profesional de la palabra, un auténtico charlatán. Y como todo charlatán, su don consistía en decir cuanto quería sin tener en cuenta a su interlocutor, que minutos después de subir al coche se veía asediado por un verdadero diluvio verbal del que muy pocos lograban escapar.

Sus temas de conversación abarcaban ámbitos tan variados como el deporte, el sexo femenino, la política de chascarrillos o la sociología de barrio. «Filósofo urbano» o «lobo de carretera» eran expresiones que empleaba consigo mismo en ciertos momentos de íntimo y secreto estupor. Pero si había algo que penetraba invariablemente cada palabra de su discurso, aquello donde mayor expresión encontraba su inflamado espíritu y allí donde sus labios y su lengua copulaban hasta el éxtasis, esto era —como veremos— en el venerable y antiguo arte de instruir.

Conocía todo tipo de fórmulas para iniciar una conversación, incluso con aquellos clientes menos dados a la plática. Por regla general, si el cliente elegía el asiento delantero, la cosa estaba hecha. Bastaba con comentar el tráfico o el aspecto del tiempo, pues resultaba sorprendentemente sencillo desviar la conversación hacia cualquier tema que a Juan le apeteciese tratar. Si el cliente escogía el asiento trasero la cosa requería cierta astucia. Podía, por ejemplo, buscar despistadamente la emisora donde se emitía la tertulia de turno y esperar a que tocaran uno de sus temas de interés. Entonces señalaba con el dedo el aparato, a la vez que asentía convencido o movía la cabeza con indignación, según fuera el caso. «¿Usted se cree?», o «Si es que no hay derecho», y a partir de ahí todo iba sobre ruedas.

Rondaba los cuarenta. Físicamente era un hombre irrelevante, del montón, y no usaremos más adjetivo para trazar visualmente al personaje que el de campechano, matizándolo brevemente para aclarar que no era, como podría creerse, un palurdo, porque quince años recorriendo la ciudad y tratando con «lo mejor y lo peor del género humano» le habían dado ciertas tablas que lograban disimular su escasa educación. Pero como nada queda más lejos de nuestra intención que presentar a Juan como paradigma del taxista charlatán, hay que decir que, al igual que todo ser humano, poseía sus peculiaridades. Era aficionado a los toros; no desde siempre, pero recientemente, y gracias a ciertas tertulias radiofónicas, había encontrado que la fiesta representaba el baluarte de los viejos valores españoles y el sùmmum de la estética. La gastronomía ibérica le apasionaba, y una copa de vino tinto podía ser «razón suficiente para vivir». La literatura solía superar su paciencia y no congeniaba con su talante de hombre activo que no pierde un solo minuto de su preciosa existencia. Veía, eso sí, documentales de todo tipo: la guerra fría, los ovnis, la Inquisición, los elefantes de la sabana, hormigas asesinas, robots de última generación capaces de subir escaleras... Podía soltar de carrerilla todos los engaños perpetrados por todos los gobiernos que habían desfilado por el siglo XX. Para los fines de semana prefería el entorno rural, donde «aún saben vivir y el aire no está infectado por la polución». No era demasiado amigo de los viajes al extranjero, pues consideraba que de ellos no se traía uno más que el recuerdo, cosa que no se podía considerar de valor práctico alguno, aunque el último verano había visitado Berlín con su señora y le había servido para constatar que «aquí estamos todos atrasadísimos». Si estos pocos datos no bastan para plasmar en la mente del lector la imagen de alguien singular, de un individuo inconfundible y único, tal vez habremos de concluir que Juan era, en efecto, el paradigma de taxista charlatán...

Lunes, 4 de la tarde. Primer cliente.

Un joven melencólico y desarraigado que vestía una chupa de cuero negra le hacía señales desde la acera. Probablemente no había dormido y se dirigía a casa después de pasar la noche en algún tugurio con aspecto de cloaca, pensó Juan. Seguro que le apataba el taxi a alcohol. Poco antes de abrir la puerta advirtió que llevaba un libro bajo el brazo. Atisbó su portada mientras el cliente tomaba asiento, y vio que en ella se representaba a tres mujeres que vestían unas túnicas viejas de color negro, todas ellas sentadas en medio de un bosque oscuro y lóbrego, tal vez hilando o tejiendo. Aquello obligó a Juan a replantearse su primera impresión. «Un friki, seguro. Apuesto a que lleva auriculares y no da ni las buenas tardes.»

—Buenas tardes. Al campus universitario, por favor —dijo el joven mientras tomaba asiento atrás. Luego se puso unas gafas, abrió el libro y comenzó a leer ensimismado.

La radio emitía la tertulia de la tarde, donde se discutían los últimos resultados de la encuesta electoral. Iba a salir el PSOE, decían. Juan no estaba de humor.

—¿Qué libro es? —preguntó dirigiendo la mirada al retrovisor.

El joven permaneció callado.

—¿Qué pasa, es un secreto?

—Se llama *Ars moriendi* —respondió secamente el joven.

—¿Y de qué trata?

—Es un libro sobre la muerte —contestó el joven, levantando la mirada un instante y volviéndola a clavar en su libro.

—¿Y qué son esas tres mujeres de la portada?

—Son las Moiras.

—Ya veo... ¿Y qué es eso de las Moiras?

El joven volvió a levantar la vista del libro. A Juan no le gustó aquel gesto de condescendencia. ¿Es que le estaba haciendo un favor por contestar?

—En la mitología griega, eran las diosas ctónicas del Destino. La más joven es Cloto, la Hilandera. Ella es quien elige la suerte o la desgracia de los hombres al nacer, según escoja hilos de oro o de cáñamo. La segunda es Láquesis, la mediana de las tres. Su función es enrollar el hilo de su hermana, dirigiendo el curso de la vida de los hombres...

—¿Y quién es la otra vieja? —interrumpió Juan fijándose en la tercera de las mujeres, una anciana de aspecto lúgubre que observaba quietamente a las otras dos mujeres.

—Ella es Atropos, la Ineludible. Cuando le apetece, corta el hilo que sostienen sus hermanas, y entonces sobreviene la muerte.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

—Ya veo... —murmuró Juan. Y al poco rato añadió—: Oye ¿y qué es lo que dice tu libro sobre la muerte?

—Trata sobre su significado y sobre lo que hay más allá de ella.

—¿De verdad es eso lo que estudiáis en la universidad?

—No, lo leo por mi cuenta.

—Perdona que me entrometa, chaval, pero, ¿no te sería mas útil leer algo sobre la vida?

—Tal vez el problema sea establecer una distinción entre la vida y la muerte.

—¿Ese libro tuyo dice que no hay diferencia entre la vida y la muerte?

—Más o menos.

—¿Puedes explicarme eso? —pidió Juan, a quien la parquedad de su cliente y la torpeza del conductor de un Seat Ibiza comenzaban a impacientar.

El joven irguió ligeramente su postura.

—Para muchos pueblos antiguos, la muerte no era sino el paso a otro nivel de experiencia. En los misterios griegos, se llevaba a cabo la muerte simbólica de los adeptos mediante rituales de paso. Ellos, al contrario que nosotros, aprendían a morir —y el joven volvió a agachar la cabeza y los bucles le cayeron sobre la frente a modo de cortina.

—¿Aprender a morir? ¿Y se puede saber qué hay que aprender que no sepa ya cualquiera con dos dedos de frente? Tú te vas a morir igual que yo y de ti no quedarán más que esos anillos y pulseras que llevas, por muchos libros que leas, ¿no?, pues ya está. Dime, chaval ¿no sería más práctico que aprendieras primero a vivir? Para qué comerse tanto la cabeza. Los jóvenes tenéis que poner los pies sobre la tierra. Vida solo hay una, te lo digo yo que tengo más de cuarenta tacos y sé lo que es perder el tren de la juventud.

El cliente permaneció en silencio; ahora miraba por la ventana con aire distraído.

—¿Pero qué te pasa, chaval? ¿No ves que te hablo de cosas importantes? Y tú ahí mirando por la ventana como si tuvieras un orgasmo. Por tu aspecto —y perdona que te juzgue, pero soy de los que calan rápido a la gente— debes ser de esos que se creen que la vida es como una poesía o un cuento con final feliz. Te diré algo que te va a ahorrar muchos palos: la vida es una verdad como un piano, no es un sueño o una ilusión ¿sabes? —dijo golpeando con los nudillos en la guantera—. Es real como esta madera y tan cruda como un filete de vaca lleno de moscas. Olvídate de la muerte y céntrate en la vida, ¿capichi?

—De acuerdo, lo recordaré.

—Oye, no me des cuartelillo. Si no quieres escuchar los consejos de alguien con más gobierno y experiencia pues allá tú. Mira, a ti te lo voy a contar porque me pareces un chico sensato, un poco

alelado, para qué engañarnos, pero sensato. Yo pasé tres años de mi juventud en chirona. Nada... majaderías de la edad; un tirón de bolso por aquí, posesión de arma blanca por allá... Te lo aclaro para que no te vayas a pensar que soy un asesino o algo por el estilo. Yo respeto la vida, ¿sabes?, porque la vida es lo más sagrado, es lo que trato de hacerte entender. ¿Por dónde iba? Ah sí. La cárcel. ¿Sabes lo que es estar tres años encerrado en una celda al lado de un jodido beduino meapilas, viendo cómo la vida se te escapa de las manos e imaginándote la cara de tu hijo recién nacido? Allí también teníamos libros, eh; pero los libros no son la vida, son un mero sustituto para la gente que no la ama de verdad. ¿Ves lo que trato de decirte?

—Más o menos.

—Claro que me entiendes, porque está muy claro. Te vas a bajar de este taxi siendo un tío hecho y derecho, ya verás. Los barrotes pueden ser de muchas clases, incluso pueden estar hechos de papel y hablar sobre la vida después de la muerte y esas sandeces. Eso no es vida, chaval ¿Quieres saber lo que es realmente la vida? La vida es como una ninfómana; es una tía ansiosa de sexo. Y a esa tía hay que comérsela con patatas, no quedarte mirándola con esos ojos de oveja. ¿Te quedarías mirando a una ninfómana abierta de patas?

—Supongo que no.

—Pues eso. Oye, no te ofendas, que has puesto una cara... Estas cosas sólo las digo por tu bien. Seguro que un día me las agradeces. Creo que ya llegamos, ¿dónde te dejo?

Segundo cliente.

—¿A dónde vamos, señorita?

—Al centro, calle Preciados —respondió enérgicamente la mujer tras tomar asiento a su lado.

Era una joven elegantemente vestida, con una figura esbelta y un rostro fino graciosamente enmarcado en una larga melena. «¿Quién les mandará ponerse esos pantalones? ¿Es que quieren parecer hombres? Con lo bien que le sentaría una falda a la muy...». De pronto, algo le hizo palidecer: ¿Se había acordado de quitárselo? Un rápido vistazo a su mano le tranquilizó; el «chivato» —como solía llamar al anillo de casado— permanecía oculto en el cenicero.

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica? —soltó Juan, al rato.

—Ya lo ha hecho, ¿no? —contestó la joven—. Trabajo en el instituto de medio ambiente.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

—¿Y les obligan allí a ponerse tan guapas o es que tiene una cita?

Ella tardó un rato en contestar, y aquel silencio agravó considerablemente la indiscreción del taxista.

—Voy a una conferencia. Tenemos que ir de etiqueta.

—¿Una conferencia? ¿Sobre qué?

—Sobre ecología y medio ambiente.

—Eso está muy bien, sí señor —dijo Juan con seriedad, emitiendo gemidos de avenencia— ¿Hablará usted allí?

—Sí, soy una de las ponentes.

—¿Y de qué hablará exactamente?

—Energías renovables, residuos tóxicos, efecto invernadero... esas cosas, ya sabe —contestó la joven con tono indiferente. Y fue sólo debido a aquella delantera entrevista en el escote por lo que Juan se esforzó en ocultar su disgusto, pues no cabía duda de que su cliente le consideraba demasiado ignorante en aquellos temas como para extenderse más de lo preciso.

—Si es que es una vergüenza... —comenzó a decir Juan con indignación— Como nadie haga nada, esto se nos va de las manos; nos estamos cargando el planeta. Yo, en cuanto tengo un día libre, me escapo a algún pueblo de la sierra. Allí sí que saben vivir. El aire puro de los montes, el olor a abono, el sonido de los cencerros...

La joven permaneció en silencio sin dar ninguna muestra de entusiasmo. Juan decidió cambiar la línea de su ofensiva.

—Todo es culpa de los políticos, y sobre todo de los americanos. ¿Usted se cree que fue el único país en negarse a firmar el protocolo? ¡Y con los mayores índices de contaminación! Yo, cuando aquello del Prestige, estuve a punto de irme como voluntario a recoger chapapote, de la indignación que me recorrió el cuerpo, fíjese. Como sabrá, las fuentes de petróleo están en las últimas. Dentro de poco, los combustibles fósiles serán historia y todo se moverá por hidrógeno. Es algo que se lleva años investigando y que no quieren sacar a la luz, todo por intereses económicos. Que no la engañen, todo es culpa de la corrupción y el dinero. Los políticos son todos unos maleantes que se están enriqueciendo a costa del planeta y de los hombres de a pie que no tenemos para llegar a fin de mes.

—Es usted un cínico y un simplista, por el amor de Dios. ¿Cree que va a sorprenderme con esa propaganda barata? ¿Sabe quién tiene realmente la culpa del desastre ecológico? Se lo diré: la gente como usted, que lo único que sabe hacer ante el problema es quejarse, echar la culpa a los demás y largarse a la sierra a respirar aire puro. Si realmente le preocupa el planeta intente hacer lo que esté en su mano y deje de buscar culpables.

- Oiga, tranquilícese. Todo eso suena estupendo, pero el mundo no se va arreglar porque yo recicle basura o vaya en bicicleta. Ese tipo de cosas incumben a los de ahí arriba. Yo sólo soy un ciudadano que cumple con sus obligaciones, y a quien nadie le ha dado nada regalado. Usted dice que sólo me quejo, ¡y le parece poco! La mitad de la población está atontada con las cancioncitas de los móviles y son incapaces de reaccionar ante las injusticias de las que somos víctimas. Víctimas, sí, porque a mí la polución y el ruido de esta maldita ciudad me afecta tanto como a los demás. Y no hablemos de la inseguridad... Sólo el año pasado murieron tres compañeros en horas de trabajo, y siguen sin ponernos los cristales de protección y el gobierno sigue metiendo a inmigrantes que vienen a robar y a asesinar, porque a otra cosa no vienen. Y esos drogadictos... a todas horas me los encuentro en el portal de mi casa, buscándose las venas para pincharse delante de los críos. Si ese que no hay derecho. ¿Y me va a decir que yo tengo la culpa de eso?
- Se está usted yendo por las ramas. Olvide lo que le he dicho.
- No, no. Diga lo que tenga que decir. Estamos hablando tranquilamente como dos personas adultas, ¿no?
- Lo que pretendo decir es que los cambios en la sociedad han de empezar por el individuo. Achacarlo todo a la política es una salida muy fácil. Cambie usted mismo, haga lo que esté en su mano y olvídense de los demás. Si todos pensaran así, si todos fuéramos capaces de sacrificar nuestros intereses personales por los intereses globales, se solucionarían muchos de los problemas de la humanidad.
- ¿Y qué ha sacrificado usted? Si me permite la curiosidad...
- Hasta ahora prácticamente todo. He orientado mi vida hacia mi profesión. No he tenido hijos porque mi trabajo me exige todo mi tiempo disponible, y más aún. Apenas hago otra cosa que no sea trabajar, viajo constantemente de una ciudad a otra, de un país a otro, tratando de concienciar a la gente mediante conferencias, cursos, congresos... ¿Le parece suficiente?
- Me parece excesivo, con todos mis respetos. Una mujer bonita como usted... sin un marido que la cuide y la trate como Dios manda...
- Usted no comprende el verdadero sentido del sacrificio. Yo daría mi vida por esta causa; daría mi vida por salvar la Tierra, ¿entiende?
- ¡Su vida, nada menos! Y dígame, ¿de qué le serviría un mundo lleno de selvas y aire puro si no está ahí para poder apreciarlo?
- Podría apreciarlo usted, y sus hijos, si es que los tiene.
- Pero usted no es yo.
- ¿Es que no cree que sería una bonita manera de morir, sacrificándose por los demás? ¿No moriría usted

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

con una sonrisa en el rostro si con ello pudiera hacer un bien a toda la humanidad?

—Lo que tiene que oír uno... Pues no. ¿Y sabe lo que yo creo? Que no hay ninguna manera bonita de morir. ¡Qué perra con la muerte! ¿Es que no ve que sólo tenemos una vida y que hay que aprovecharla?

—Es eso precisamente lo que pretendo.

—Ya sé lo que le ocurre. Acabo de verlo... Está muy claro: usted teme a la muerte. Eso es. Está acorjonada ante la idea de morir. ¿Se da cuenta? Es su miedo a la muerte lo que le obliga a decir ese tipo de sandeces: ¡morir con una sonrisa en el rostro! Muy poético ¡Y ya, de paso, podríamos partirnos el pecho en el funeral de nuestros padres! ¡Y llorar si nos toca la lotería! ¡Y emborracharnos para celebrar una úlcera! ¡Y deprimirnos los días de fiesta! Señorita, deje que le explique algo: hay cosas que nunca cambian, que son inmutables. Y una de esas cosas es la muerte. De toda la vida la muerte ha sido una calamidad, y así seguirá siendo: la muerte es, óigame lo que le digo, la mayor desgracia que puede acontecer a un ser humano, es el fin de su existencia, el fin de todo, caput.

—Ya vale. No hablábamos de eso.

—Lo que no puedo comprender es esa manía de glorificar la muerte. «Morir con una sonrisa en los labios»... En mi humilde opinión, sólo aquellos demasiado ingenuos como para creer en un Más Allá pueden pensar tal cosa. Y es evidente que no existe un Más Allá, como bien ha demostrado la ciencia. Porque ¿dónde está el alma, eh? Que yo sepa, lo único que se ha encontrado en el cerebro son neuronas y productos químicos. ¿No sabe que el supuesto túnel que ven los moribundos se debe a la muerte de esas neuronas, que disminuyen la visión creando un efecto óptico? ¿Sabe lo que yo creo?

—Ya estamos llegando...

—Creo que la muerte es una enfermedad, un atraso de la ciencia, y que pronto será cosa del pasado. Quién sabe, tal vez dentro de unos años, la muerte sea algo que solo conozcamos por las películas antiguas, como los zeppelines o la lepra...

—Creía que había dicho que era inmutable...

—Ya han averiguado muchas cosas, por lo visto es culpa del oxígeno; es lo que nos está matando, por raro que suene. Lo mismo que nos permite vivir es lo que nos mata. Si usted no necesitase respirar, no moriría.

—¿También le va a echar la culpa al oxígeno?

—Hay también un gen del envejecimiento, bastaría con erradicarlo del cuerpo humano y todos seríamos eternamente jóvenes. Si yo fuera rico lo primero que haría es pagarme uno de esos cen-

tros de criogenización que hay en California, y quién sabe, con un poco de suerte podría resucitar en un futuro sin residuos tóxicos ni tala de árboles... ¿Por qué cojones no lo paga la seguridad social? Eso es algo realmente necesario, y no el cambio de sexo de los maricas, que ahora pretenden...

—¿Vivir eternamente? Se tiene usted en mucha estima. Ya hemos llegado.

—Espere. ¿Se marchará sin decirme cómo puedo morir con una sonrisa en los labios?

—No puedo explicárselo —dijo la joven, abriendo la puerta— porque usted no entiende lo que significa sentirse parte de algo más grande, de algo que le supera como individuo. Vive encerrado en su propia cabeza y no ve más allá de ella. ¿Tiene hijos?

—¿Qué tiene eso que ver?

—¿No moriría más feliz sabiendo que ha dejado descendencia? ¿Que una parte de usted seguirá viva tras su marcha?

—Tal vez, pero eso es distinto...

—No es tan distinto. Piense sobre ello cuando tenga un rato. Buenas tardes.

Tercer cliente.

Comenzaba a anochecer. Una llamada desde la centralita le condujo hasta una carretera comarcal de las afueras. Un individuo de mediana edad le aguardaba junto a un coche con el morro hundido en la cuneta. Juan estacionó en el arcén y bajó del taxi. El hombre tenía un aspecto lamentable, su ropa estaba hecho jirones y la frente y el pelo manchados de sangre reseca.

—¿Se encuentra bien?

—Sssi señor, perfffectamente. No ha sssido nada. Sólo se me ha ido un poco el volante... —respondió. Estaba totalmente borracho.

—Está herido, ¿por qué no ha llamado a una ambulancia?

—Oiga, estoy bien. Sssólo quiero irme a casa a dormir, ¿vale?

—Habrás que llamar a la grúa para sacarle de ahí el coche.

—Esso no puede ser. ¿Quiere que me quiten el carné de conducir? ¿Es que no ve que no me tengo en pie? Hágame el favor de sssacarme de aquí, ya vendré mañana a por el coche.

—Está bien, suba.

Los sueños de cada uno

El tipo se sentó en el asiento delantero y se recostó con los ojos cerrados.

—Siga para adelante, vivo en el siguiente pueblo.

—¿Le espera alguien en casa?

—Mi mujer.

—¿No quiere parar antes en un hospital? La asustará si le ve en ese estado...

—Que se joda.

Siguieron circulando en silencio por la solitaria carretera. La noche se cerraba, y sólo las luces de Madrid titilaban diminutas en el horizonte. En la radio sonaba el clásico de Steppenwolf, «Born to be wild». El cliente sacó del interior de su chaqueta una petaca y le dio un trago.

—¿Le hace uno? —preguntó, tendiéndosela a Juan. Éste estaba a punto de cogerla cuando advirtió las manchas de sangre en los labios de su cliente.

—Mejor que no, ya sabe cómo están ahora con el alcohol...

—Tiene usted razón —dijo dándole un segundo trago.

—¿Cómo se llama?

—Ramón.

—Yo soy Juan, encantado. ¿Puedo saber de dónde venía usted?

—Volvía del trabajo.

—¿En qué trabaja?

—En la construcción, llevo una grúa.

—¿Y acostumbra a pegarse esas cogorzas en el trabajo?

—Oiga, no me sserroneé, que para eso ya tengo a mi mujer. Me echo unos tragos en el curro, ¿y qué? Llevo treinta años manejando maquinaria pesada y sé lo que me hago, puedo llevarla con los ojos vendados. Lo de hoy ha sido una excepción, además ha sssido culpa de un imbécil que llevaba puestas las largas, el muy cabrón...

—No me malinterprete. Yo no le estoy juzgando. Cada uno es dueño de su vida y tiene derecho a vivirla como quiera. Le entiendo perfectamente; ya me gustaría a mí poder echarme unos tragos en el taxi para aligerar la jornada. Los políticos se piensan que somos todos como esos niñatos que se dedican a emborracharse los fines de semana. Hay quienes sabemos beber sin perder la cabeza... Pero pasa lo que pasa: que siempre tienen que pagar justos por pecadores.

—Y que lo diga, lleva usssted toda la razón.

—Porque vamos a ver, una cosa es ser alcohólico y otra muy distinta saber darse un homenaje de cuando en cuando. ¿O nos vamos a pasar la vida currando? A mi mujer no hay quien le meta eso en la cabeza, para ella todo es lo mismo: ahora le ha dado por decir que el alcohol es una droga,

- una droga! La muy petarda pretende que me sienta culpable cada vez que me bebo tres copas. ¿Sabe?, hace poco me convenció para hacerme un chequeo del hígado y unos análisis. ¿Y sabe qué le digo? Que me arrepiento, no tenía que haberle hecho caso. La lleva clara si cree que va a conseguir hacerme sentir culpable por saber vivir la vida, y todo porque ella no es capaz de salir de casa con ese rollo de la agorafobia y la ansiedad, que tiene más de cuento que de otra cosa...
- Entonces le pasa como a mí. La culpa la tienen esos programas de la tele donde salen los famosos hablando de sus adicciones. Ahora todos somos unos drogadictos, ¿sabe ha dado cuenta?
- Desde luego. Es un verdadero ultraje. ¿Sabe qué?, déme ahora mismo ese trago.
- Es usted un fenómeno —dijo Ramón, dándole la petaca.
- Y usted también, Ramón, usted también —contestó Juan, dando un sonoro y largo trago.
- ¡Es indignante! —exclamó Ramón—. Mi mujer lleva meses con el rollo de la rehabilitación. No oigo otra cosa; ya puedo verle la cara cuando llegue a casa. Seguro que me da la lata toda la puta noche. Si no estuviera con esta pinta me iba a un hotel...
- ¿Rehabilitación? —dijo Juan soltando el volante por un momento para expresar su indignación—
Escuche, Ramón. Usted no necesita rehabilitación de ninguna clase. Es la sociedad la que tiene que rehabilitarse. ¡Nos están comparando a los buenos bebedores con esos jodidos drogatas! ¿Sabe lo que es usted? Usted es un inconformista, un vividor, alguien que no se somete a las reglas, como el de la canción, ¿la oye? Usted, como yo, ha nacido para ser salvaje. Hace lo que quiere sin dar explicaciones, y eso está bien, porque uno es libre de hacer lo que le venga en gana mientras no haga daño a los demás. ¿Es que hay algo más sagrado que la libertad?
- Nada. Eso mismo he pensado yo siempre —respondió Ramón, cuya acuosa mirada oscilaba entre la incredulidad y la fascinación.
- Deje que le diga, con todo el respeto, que es usted un héroe urbano de los que ya no quedan. Alguien que hace ver a los demás lo que es la verdadera libertad individual y humana. ¿Y sabe qué? Que yo le admiro. Sí señor, le admiro profundamente, porque los cambios en la sociedad han de empezar desde lo más bajo: por el individuo. Y usted está dando un ejemplo a seguir.
- Brindo a su salud, don Juan. Lo que yo decía, es usted un hacha. La libertad, sí señor, esa es la clave del concepto, me lo ha quitado de la boca. Si pudiera le invitaba a unas copas ahora mismo. ¡Libertad!
- Quite, quite. El que tiene que invitarle soy yo. ¡Ya está!, decidido. Esta carrera corre de mi cuenta. Usted no va a pagar un duro por haberse permitido la legítima libertad de emborracharse y es-

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

trellar su coche.

—Bueno, es el coche de mi mujer...

—Lo mismo da. ¿Acaso trabaja su mujer?

—Es ama de casa.

—Entonces no trabaja. Y que no se queje tanto; porque quejarse no cambia la sociedad. La sociedad la cambiamos los hombres como nosotros que le echamos un par de cojones a la vida. La cosa es muy sencilla: se puede ser una oveja o se puede ser un lobo. Es lo que decía Nietzsche, que era un gran filósofo de la Antigüedad. Yo tengo mi elección muy clara, y estoy seguro que usted también.

—Qué bien habla usted. Sí señor. ¡Un lobo! Siempre me he sentido así, ha dado en el clavo otra vez.

—Somos lobos solitarios entre una manada de ovejas que sólo saben seguir la norma establecida. ¿Y sabe lo que hace una de esas ovejas cuando ve en la lejanía a un lobo errante como nosotros?

—¿Muge?

—¡Siente envidia! ¡Porque ella no puede salirse de la manada para vagar en libertad! Deje que le diga otra cosa sobre usted, permítame que le diga algo, Ramón, y no me cabe duda de que asentirá con la cabeza en cuanto acabe de pronunciar la frase, porque usted y yo nos comprendemos como solo se comprenden dos lobos errantes. Lo veo con total claridad, lo sé, le he calado desde que le vi en la cuneta. Su gran problema es que todos los que le rodean le tienen envidia.

Ramón le miró entonces con expresión de auténtica consternación. Luego tosió violentamente y el güisqui se le escapó de la boca, derramándose por su barbilla.

—¿Cómo lo ha sabido? —balbució.

—¡Lo veo, Ramón, lo veo con absoluta claridad! —exclamó Juan, cuya exaltación parecía haber alcanzado el clímax—. Pero todavía le digo más, escúcheme bien: ¡es para mí un verdadero honor que su sangre manche el asiento de mi coche, porque es la sangre de un lobo errante y de un guerrero de la libertad! ¡Déme otro trago!

El pueblo de Ramón apareció como un brochazo amarillo en la oscura lejanía. Ambos llevaban un rato en silencio; aquel frenesí les había dejado sin aliento. Juan había abierto la ventana para sentir la brisa nocturna en el rostro, y Ramón yacía con la cabeza ladeada, sumido en un mar interior que le mecía con olas de embriaguez. Cuando el taxi enfiló la primera calle del pueblo, Juan golpeó a su cliente en el hombro. Pero éste no reaccionó.

—Eh amigo, hemos llegado.

Ramón no respondió. Un hilo de baba le colgaba de los labios y tras los párpados manchados de sangre se adivinaba el blanco de los ojos.

—Ramón, despierte, —insistió Juan, sacudiéndole ligeramente— hemos llegado.

El cuerpo de Ramón cayó toscamente hacia delante, golpeando su frente contra la guantera. Juan volvió a sacudirle, esta vez con fuerza.

—¡Vamos, Ramón! Es hora de irse a dormir, ¿me oye?

Pero Ramón no le oía. Su cuerpo estaba inmóvil, lacio. Juan observó su rostro con detenimiento. Algo iba mal. Paró el taxi. Luego miró el pecho y el abdomen de Ramón, y dio un respingo al comprobar que no respiraba. Se asomó por la ventana y comprobó que no había un alma en la calle. Tenía que buscar un hospital cuanto antes. Con el pulso tembloroso, puso el taxi de nuevo en marcha y comenzó a recorrer el desolado pueblo. Unos minutos después llegó a una pequeña plaza; en ella, tres viejos conversaban en torno a un kiosco de castañas. Juan les expuso su apurada situación, y uno de ellos se ofreció a subir al taxi para llevarle hasta un centro de salud.

Una hora después, el médico de guardia anunciaba el fallecimiento de Ramón Serrano Villalobos.

Cuarto cliente.

Llegó a Madrid a última hora de la jornada. La policía le había entretenido largo rato con todo tipo de preguntas sobre el accidente, el estado en que encontró a Ramón, su conversación en el taxi... Incluso mencionaron un posible delito de negligencia por parte de Juan, aconsejándole estar localizable durante los próximos días.

No estaba de humor para trabajar, de modo que se dedicó a recorrer la ciudad con el cartel de «ocupado». Todas las emisoras hablaban de las elecciones, y optó por apagar la radio. ¿Que qué era lo que preocupaba a nuestro héroe? No era, como se podría suponer, el asunto de la muerte de su camarada Ramón, el lobo errante de las estepas madrileñas... Lo que aquella noche batía sus alas alrededor de Juan era algo más oscuro, ominoso y taumatúrgico... Podríamos llamarlo presagio. ¿Pero un presagio sobre qué? Tal vez el lector ya lo sabe; pero Juan lo desconoce: por poco tiempo.

Había estacionado en una bocacalle para echarse un cigarro y tratar de calmarse. De pronto, alguien irrumpió por su ventana.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

—¡Hombre! Por fin uno libre...

Era un tipo joven, trajeado, con una barba bien recortada y un maletín en la mano.

—Lo siento, no puedo llevarle.

—Cómo que no. Si no hay nadie —insistió el tipo.

—No puedo llevarle, busque otro taxi en la Gran Vía.

—Llevo cuarenta y cinco minutos esperando y no hay manera. Hágame el favor, hombre. Le daré una buena propina.

—No lo entiende. Mire cómo está el asiento —dijo señalando el que había sido lecho de muerte de Ramón.

—¿Qué ha pasado?

—Un borracho acaba de morirme en el taxi, está todo pringado de sangre.

—¡Vaya suerte! Comprendo que le haya afectado. Oiga, no sabe lo desesperado que estoy. Puedo sentarme atrás, ¿no?

Juan suspiró con pesadez. Aquel tipo no parecía tener intención de desistir.

—Le tomo la palabra con lo de la propina —refunfuñó.

—Lo recordaré, no se preocupe. Prometo entretenerle durante el trayecto, así olvidará lo sucedido —dijo el cliente tomando asiento—. Voy a Lavapiés.

Julio —así se llamaba— resultó ser psicólogo; psicólogo humanista, para más señas. Habló durante un rato de las elecciones, tratando de amenizar el trayecto con explicaciones acerca de la psicología de masas, la influencia de la publicidad en el inconsciente humano, los entresijos de los debates televisivos y ese tipo de cosas interesantes y llamativas. Juan escuchaba con atención esporádica, perdido en unos pensamientos que no terminaban de tomar forma en su cabeza. De haberse dado otras circunstancias, sin duda habríamos asistido a una estimulante conversación en la que Juan habría dado lo mejor de sí. Habría dicho, probablemente, que él se había considerado muchas veces un auténtico terapeuta al servicio del ciudadano; que debía haber montado una consulta hace muchos años, pues su ojo clínico, adiestrado mediante el incesante rodar por la ciudad, le proporcionaba una agudeza infalible para ver en el interior de las personas; o habría hablado acerca de la multitud de clientes que, después de una larga carrera, le agradecían de todo corazón sus consejos, y que decían bajarse del taxi sintiéndose renovados de alma y de espíritu... Pero aquella noche Juan no hablaba, sino que, por una vez en su vida, escuchaba, o al menos oía, lo que otro ser humano tenía que decir. De pronto, una idea pasó volando por su mente: por el momento, aquel nuevo cliente no había mencionado aquello que tanto le atormentaba desde hacía horas. Sus temas de conversación, alegres y saltarines, discurrían por caminos totalmente ajenos a aquella idea... ¡Pero

- shhhhh!, no lo digamos aquí. ¡No lo pensemos si quiera! | Saque el lector esa idea de su mente ahora mismo!, no sea que la Fatalidad, la Providencia, o algún tipo de hechicería, operen de alguna forma entre el lector y la presente historia, invadiendo la mente del psicólogo Julio, y le haga decir alguna cosa que nos ponga los pelos de punta a todos nosotros y, sobre todo, al pobre Juan, que ahora escucha con la mirada perdida y el rostro afligido las palabras de su cliente...
- Le contaré algo curioso —dijo Julio—. ¿Sabe cuál es el momento más traumático en la vida de un niño?
- No. ¿Cuál es? —preguntó Juan, algo desganado.
- El momento en que descubre sus heces —respondió Julio con tono entusiasta.
- ¿Y eso por qué?
- Verá. Cuando el niño, ya consciente de sus actos, descubre sus heces, toma por primera vez conciencia de que hay algo en su cuerpo que se está degenerando, de algo que se descompone... Y eso significa, en una palabra, que el niño reconoce tácitamente la realidad de la muerte.
- No me diga... —murmuró Juan, notando como el rostro se le enfriaba.
- Así es. Curiosamente, los niños vienen al mundo con la absurda idea de ser inmortales. ¡Hasta que descubren sus heces!, entonces algo en su interior les grita: ¡vas a morir y te vas a quedar igual que esas heces asquerosas! Y eso, como usted comprenderá, les horroriza. Pero oiga, ¿qué le pasa? Se ha puesto pálido...
- Estoy bien, hace un poco de frío.
- Ah, por un momento he pensado que mi historia no le ha hecho gracia. Podemos hablar de otra cosa.
- Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta un poco rara? —soltó Juan, sintiendo un sofoco al instante.
- Lo mío son las rarezas. Diga lo que quiera.
- ¿Cree usted que hay ciertas cosas... cómo decirlo... ciertos sucesos que pueden esconder algún significado?
- Tendrá que ser más preciso...
- Verá. Me ha sucedido algo a lo largo del día. Primero fue ese friki, tenía un libro... Bah, olvídalo. El caso es que hoy, de una forma u otra, no ha parado de suceder algo que... No sé cómo decirlo. Todo lo que ha pasado estaba relacionado con lo mismo, de una forma extraña, terrible, casi mágica... Como si alguien de ahí arriba quisiera gastarme una broma pesada, ¿entiende?
- Creo que voy entendiendo. ¿Dice que durante el día ha vivido distintas situaciones, todas ellas relacionadas con un mismo motivo...?
- Exacto. Relacionadas con algo... —murmuró Juan, pensativo.
- ¿Relacionadas con qué? —preguntó Julio, cuya voz había ido adquiriendo un tono más profesional.
- Con la muerte.

LOS SUEÑOS DE CADA UNO

—Oh, comprendo, comprendo. Ilusión de referencia, estupendo.

—¿Cómo dice?

—Usted está visiblemente asustado. Lo comprendo, pero no ha de preocuparse un segundo más.

Todo lo que ha sucedido tiene una explicación de lo más sencilla y racional. Verá; usted ha vivido una serie de situaciones relacionadas con un motivo, en este caso la muerte; un terrible motivo sin duda. Eso le ha causado cierta preocupación, hasta ahí todo normal, pasa en las mejores familias. El problema viene cuando ese motivo se asienta tercamente en su cabeza, ¿sabe entonces lo que ocurre? Que verá ese motivo por todas partes, le perseguirá a donde quiera que vaya como si fuera su sombra, ¿y por qué?

—¿Por qué?

—Hay dos razones. La primera: usted está patológicamente atento a todo lo relacionado con ese motivo, lo que facilita su aparición en situaciones en las que normalmente lo habría eliminado de su percepción consciente, ¿comprende?

—Comprendo...

—La segunda. Usted está obsesionado, ya lo hemos dicho, con ese motivo, y eso le lleva involuntariamente a propiciar situaciones en la que se dé el motivo de la muerte. En otras palabras: es usted quien busca la muerte, y no la muerte quien le busca a usted.

—Un momento —interrumpió Juan—. Si no me equivoco, usted me dice que yo, de alguna forma, he sido quien ha sacado en todas esas conversaciones el tema de la muerte. Eso me parece bien, sino fuera porque, en su caso, ha sido usted quien se ha puesto a hablar de las heces y de su relación con la muerte.

—Es sencillo —respondió Julio con sosiego—. Ahora mismo hago una rapidísima introspección en mi cabeza y ¿sabe de lo que me doy cuenta? Ya está, ya lo veo. Ahí está.

—¿Ya está qué?

—Fue usted quien sacó primero el tema de la muerte. Recuérdelo, me habló de la muerte de ese borracho, y por eso no quería dejarme subir al taxi. Esa idea estaba circulando por mi mente inconsciente hasta que ha encontrado un hueco para surgir en la forma de una anécdota graciosa y un poco escatológica que yo le he contado con intención de entretenerle... ¿Lo ve?

—¡Claro! —exclamó Juan, soltando por un segundo el volante— Pero dígame, hay algo que no entiendo. ¿Por qué la muerte y no cualquier otra cosa?

—Probablemente porque es algo que le preocupa a usted. Tal vez la tiene presente de alguna forma. ¿Se le ha muerto un familiar recientemente?

—No.

- Quién sabe. Puede que sólo sea un desagradable cúmulo de coincidencias. He visto muchos casos como el suyo. La gente me llega a la consulta alarmada con todo tipo de historias: un anciano sueña que un pájaro negro se posa en su ventana. Al día siguiente, vaya por Dios, un pájaro negro va a posarse inocentemente en su ventana, y este señor se convence de que trae el presagio de la muerte de su esposa enferma. Con semejante angustia, esa noche se olvida de darle los medicamentos para el corazón, y su pobre mujer amanece muerta.
- Ya veo. Oiga, ¿y nunca se dan casos en los que esa clase de presagios terminen cumpliéndose?
- Claro que no, hombre. Mire, hay gente que tiene intuiciones, pálpitos sobre sucesos futuros, eso no se lo niego. Pero en la mayoría de los casos podemos demostrar cómo, de alguna forma, esas personas ya poseían datos suficientes para elaborar sus pronósticos de forma inconsciente. Deje de preocuparse de una vez; le repito que no va a sucederle nada.
- Está bien, pero supongamos por un momento que, por una maldita casualidad, el próximo cliente que suba a este coche se me pone a hablar sobre la muerte. ¿Qué debo hacer entonces?
- Eso no va a ocurrir.
- ¿Cómo puede estar tan seguro?
- Oiga, no digo que tal cosa sea imposible, pero es hartito improbable que suceda, ¿no? Mire, le voy a decir lo que tiene que hacer: cuando se suba el próximo cliente, mantenga usted la boca cerrada. No diga una sola palabra, y verá como ese dichoso motivo no vuelve a presentarse.
- Pero y si por casualidad dijera algo... porque no quiero imaginarme...
- Olvidelo, Juan —interrumpió Julio tajante—. Le digo que no va a volver a pasar si usted se mantiene calladito. Le apuesto lo que quiera.
- Está bien, está bien...

Último cliente.

Julio se apeó del taxi en la entrada de Lavapiés, no sin antes apretar el hombro de Juan afable y paternalmente, lo que provocó en éste una sensación mezcla de consuelo y de repulsa. Faltaba tan sólo media hora para el fin de su jornada —era la una y media de la madrugada—; con suerte, podría vagabundear por la ciudad sin recoger nuevos clientes, y en cuestión de minutos habría terminado aquella larga pesadilla.

Pero, una vez más, las cosas no ocurrieron como le hubieran gustado a nuestro héroe. Atravesaba una solitaria calle cuando reconoció una silueta oscura que le hacía señas desde la acera. Por un momento estuvo a punto de continuar sin pararse, fingiendo no haberle visto, pero entonces surgió de su interior una tímida e irritante vocecilla, la vocecilla de sus agitados diálogos internos, que era la vocecilla de su mujer. «Cobarde», había dicho esa vocecilla, para esconderse de nuevo en su ignota madriguera igual que un duende travieso. «Qué cojones», se respondió Juan parando el taxi, «ya está bien de tonterías».

La silueta resultó ser un hombre alto y joven, que vestía un traje oscuro con hombreras. Tenía el pelo brillante y repeinado, unas cejas estilizadas y un porte felino y silencioso. Juan barajó dos opciones: uno de esos chalados que se disfrazan de vampiros para expresar su odio al género humano o un marica metrosexual. Sin hacer un solo ruido, el cliente tomó asiento atrás y comunicó su destino con apenas un susurro. Hacía un rato que Juan había apagado la radio, la ciudad se sumía gradualmente en la tristeza nocturna de los días laborales y aquel hombre, sentado inmóvil detrás de él, parecía la personificación del silencio. Juan le observó con discreción a través del cristal: gesto granítico e inexpresivo, mirada fija en la ventanilla, tal vez un ligero deje de tristeza —probablemente acababa de ser abandonado por su amante vampiro—. Entonces, de repente, su cabeza desapareció del espejo del retrovisor. Se había agachado; pero ¿para qué? Juan aguardó unos segundos, expectante. Aquel hombre parecía estar cogiendo algo. ¿Sería un arma blanca que llevaba escondida en sus finos calcetines de marica? ¿Sentiría en breves instantes la hoja fría de una navaja sobre su cuello? ¿Había tal vez errado su diagnóstico y se trataba de uno de esos psicópatas refinados que gustan de torturar a sus víctimas durante días? Estaba a punto de decir algo cuando vio que el cliente se erguía de nuevo, y su gesto, ahora más expresivo tras el esfuerzo, le hizo comprender que aquel hombre no podría matar ni a un insecto. Era obvio que se estaba atando los cordones, quitándose un chicle de la suela del zapato o estirándose sus calcetines finos de vampiro marica. Juan suspiró con alivio y trató sin éxito de reírse de sí mismo.

Cinco minutos más de trayecto silencioso terminaron por relajar a nuestro héroe. Juan notó sus músculos distendidos; se arrellanó en el sillón y apoyó el codo izquierdo en la ventanilla para dar leves golpecitos al volante con la otra mano. «A quien se lo cuente...», pensaba. Volvió a fijarse en su cliente, y advirtió que sus ojos miraban hacia abajo desde hacía rato, seguramente para ocultar el llanto. ¿O acaso miraba alguna cosa que había recogido de debajo del asiento? ¿Habría encontrado un billete de cien euros en el suelo de su taxi, como aquella anciana de hacía dos semanas a quien tuvo que arrancárselo de las manos?

Estaban cerca de su destino, a tan sólo dos minutos. Entonces le embargó una enorme alegría, al notar que de lo más hondo de sus entrañas resucitaba el taxista que siempre había sido, el «fílosofo urbano», el «lobo de carretera» de gesto duro y avezado que había visto «lo peor y lo mejor de este miserable mundo». Y entonces, mirando a aquel hombre apocado que a punto estaba de romper a llorar por haber perdido a su amante vampiro, tomó aire, ordenó velozmente las ideas y se preparó para un discurso muy similar a los que ya hemos oído, el discurso agitador de muermos y meapilas, rescatador de almas en pena y fustigador de ovejas recelosas de la libertad. Pero algo le detuvo. Aquel hombre acababa de levantar la cabeza, separaba los labios y parecía a punto de pronunciar una frase o de soltar un balido. Juan contuvo el aire y el discurso a la altura de la nuez, mientras una tenaza fría le pinchaba el corazón. Y lo que su tácito cliente dijo con voz cavernosa fue:

—Dígame, ¿ha aprendido ya a morir?

—¿Cómo dice? —preguntó Juan, sintiendo un sofoco que parecía presagiar las llamas del Infierno.

—Le pregunto si ha aprendido a morir... —repitió despacio el cliente.

El taxista se mantuvo en silencio, incapaz de articular palabra, y entonces comprendió su error. Aquel hombre tenue y misterioso no era un joven enfermizo disfrazado de nosferatu, ni un elegante psicópata ni un dandi homosexual. Aquel hombre era la mismísima Muerte en persona, era Atropos la Ineludible, la última de las hilanderas que se disponía a sesgar el hilo de su destino, y cuyas afiladas tijeras había visto brillar en los ojos de aquel friki atolondrado y anunciarse en la voz de aquella mujer anhelante de una muerte gloriosa. Las había visto en la mirada acuosa y desmayada de Ramón, el lobo errante de las estepas madrileñas; y las había presentido también tras las sedudas y consoladoras palabras de Julio, el psicólogo humanista cuya sabiduría penetraba los oscuros meandros del inconsciente.

—Le dejaré aquí mismo, si no le importa —dijo Juan a su cliente.

—Que yo sepa el viaje no ha terminado todavía.

Juan paró el coche junto a la acera; sus manos temblaban y sudaban.

—Le pido que se baje del taxi, no tiene que pagarme.

Hubo silencio durante unos segundos. Luego, el cliente suspiró y dijo:

—No pienso bajarme del taxi. No irá a decirme que me tiene miedo...

Una convulsión recorrió el cuerpo de Juan y se extendió rápidamente al vehículo, cuyos neumáticos chirriaron al acelerar hasta los cincuenta kilómetros por hora, huyendo de una muerte que transportaba en sus mismas entrañas.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó la Muerte con la calma propia de un ente inmortal.

Pero Juan no contestó. Apretaba los dientes y sus manos asían con fuerza el volante. Un rápido vistazo por el retrovisor le confirmó lo que pensaba: su cliente, la Muerte, no llevaba puesto el cinturón. Aceleró hasta los ochenta y entró en un barrio residencial surcado por calles perpendiculares y solitarias. Si iba a morir, al menos lo haría llevándose por delante a su verdugo, la mismísima Parca en persona que aguardaba en el asiento trasero, clavando sobre él una mirada glacial y admonitoria.

—¿Se ha vuelto loco? —dijo su cliente.

Pero Juan ya no escuchaba. Recorría las calles a toda velocidad, derrapando en las curvas rectangulares y rozando los pinos y los setos que rodeaban las pequeñas mansiones. Los chirridos de los neumáticos alertaron a algunos vecinos, que encendían las luces de sus dormitorios al paso de aquel bólido suicida. Su cliente, la Muerte, era lanzado de un lado a otro del coche y se aferraba alternativamente a un asa y a otra, dirigiendo improperios al taxista que éste ya no escuchaba. El velocímetro marcaba casi los cien kilómetros por hora cuando, finalmente, el coche enfiló la que sería su última calle, que terminaba en una enorme casa con una valla de hierro alrededor de un espléndido jardín...

La pequeña Laura, de seis tiernos años, que llevaba dos días aquejada de una virulenta fiebre y no cesaba de atosigar a su padre con incómodas preguntas sobre la muerte, las cuales solo se topaban con las evasivas propias de los adultos que han asesinado y enterrado todo espíritu filosófico, no podía dormir porque se le había metido en la cabeza la peregrina idea de que si lo hacía no volvería a despertar, y se había apoyado en la ventana para pensar y que la brisa nocturna la mantuviera despierta. «¿Que por qué te tienes que morir? —le había dicho su padre— Pues porque todo el mundo se muere» «¿Que a dónde vamos después de morir? Pues al mismo sitio donde estabas antes de nacer». «¿Que para qué vivir la vida si nos vamos a morir igual? Laura, ya está bien de preguntas...»

Tal vez debido al tenue velo de irrealidad que la fiebre tejía en torno a su consciencia, la pequeña Laura no dio ningún grito de alarma cuando un taxi se empotró a toda velocidad contra la valla de su amplio jardín. Bajó corriendo, topándose con su padre en las escaleras. «Quédate dentro de la casa, Laura», le dijo, visiblemente sofocado. Pero Laura no le obedeció. Mientras su nervioso padre daba vueltas alrededor de aquel vehículo destrozado, llevándose las manos a la cabeza y maldiciendo a Dios, ella se acercó lentamente hacia la puerta trasera del taxi, no pudiendo resistir la tentación de abrirla. Su mirada se encontró con la de su padre, que metía medio cuerpo por la ventanilla delantera y colocaba tembloroso el dedo índice sobre el cuello del inmóvil conductor. «¡Laura, te he dicho que te quedes en casa!» le gritó al verla dentro del coche, pellizcando el brazo

del otro hombre como si fuera un peluche. En esa ocasión obedeció, pero antes de salir del coche no pudo evitar la tentación de sacar un objeto de debajo de aquel cuerpo trajeado. Era un libro. Laura volvió al porche, mientras su padre seguía maldiciendo a un Dios en el que no creía y gritaba a su mujer que llamara a la policía de inmediato. Laura miraba embelesada la portada de aquel libro a la luz del farolillo de la entrada. Era extraño: aquel dibujo, donde se representaban tres lúgubres mujeres que hilaban en medio del bosque, le causó una conmoción más honda que la visión de aquel cadáver en el coche. Sirviéndose de la manga de su pijama, la niña limpió la sangre que le impedía leer el título del libro, el cual presentía ya como un regalo del Cielo. Con voz queda y palpitante, leyó: Ars moriendi. El arte de morir.

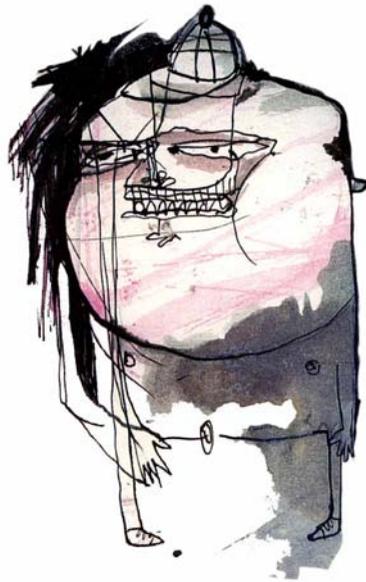
A black and white photograph of a kite flying in a cloudy sky. The kite is a simple diamond shape with a tail, flying in the upper right quadrant. A thin string extends from the kite down to a large, fluffy white cloud in the lower half of the frame. The sky is filled with soft, textured clouds.

ILUSTRACIÓN
Los sueños de cada uno

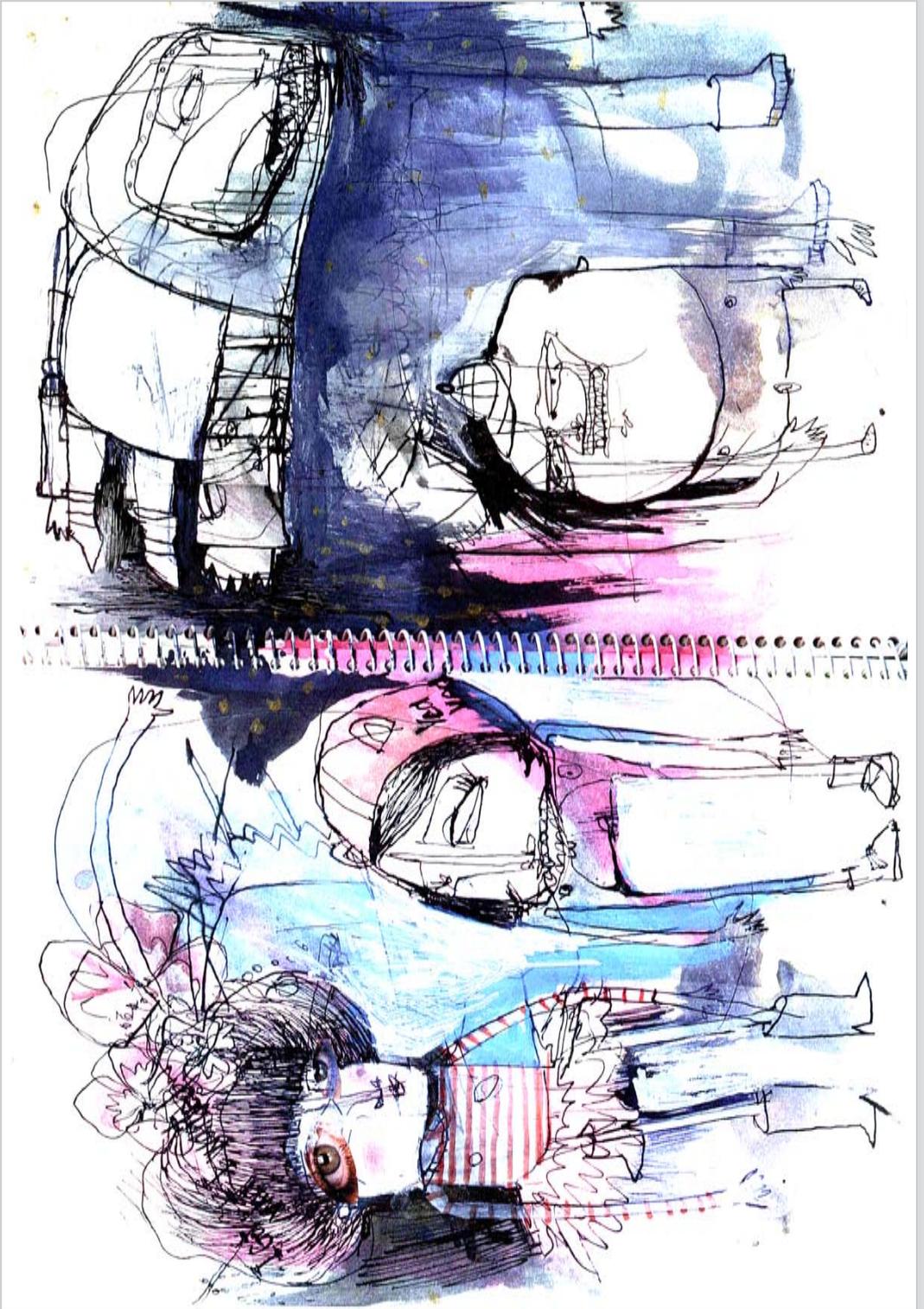
A black and white photograph of a kite flying in a cloudy sky. The kite is a simple diamond shape with a tail, flying in the upper right quadrant. The sky is filled with soft, white clouds, and the overall tone is monochromatic.

Los sueños de cada uno

SUEÑOS DE UN VERANO CALUROSO Primer premio
Cristina Llanos Sánchez (*Nikita Rodríguez*)



La ilustración ganadora es un conjunto de pensamientos e ideas que surgieron un verano que hacía mucho calor.
Acuarela líquida / tinta / tipex / collage / acrílico



A black and white photograph of a kite flying in a cloudy sky. The kite is a simple diamond shape with a tail, and it is positioned in the upper right quadrant. The sky is filled with soft, white clouds, and the overall tone is serene and dreamlike.

Los sueños de cada uno

UN CUENTO Y A SOÑAR *Segundo premio*
María Corte Maidagán



Haciendo honor al nombre del certamen, la ilustradora comparte un sueño, su pasión por el dibujo.
Acrílico sobre papel / lápiz / tinta / bolígrafo



A black and white photograph of a kite flying in a cloudy sky. The kite is a simple diamond shape with a tail, flying in the upper right quadrant. The sky is filled with soft, white clouds, and the overall tone is monochromatic.

Los sueños de cada uno

EL OBSERVADOR *Tercer premio*
Rocío Álvarez Varela



La sorpresa de un explorador sorprendido por la imagen de un navegante lanzabotellas.
El rojo representa la parte del sueño que recordamos el resto, representa el gris del olvido.
Ilustración digital (Photoshop / Corel Painter)



A black and white photograph of a kite flying in a cloudy sky. The kite is a simple diamond shape with a tail, and its string extends from the top right towards the bottom left. The sky is filled with soft, white clouds. The title 'Los sueños de cada uno' is centered in a large, white, sans-serif font, with a reflection effect below it.

Los sueños de cada uno

ZANCOS *Accésit*
José Luis Huerta Beato



Volar como un pájaro y sentir otra vez ese cosquilleo en el estómago.
Acuarelas / lápices / plumilla / infografía



A black and white photograph of a kite flying in a cloudy sky. The kite is a simple diamond shape with a tail, flying in the upper right quadrant. The sky is filled with soft, white clouds, and the overall tone is monochromatic.

Los sueños de cada uno

EL FUELLE, EL CUCO Y EL CRUASÁN Accésit
Beatriz Barbero Gil Vicente



Los sueños son pequeños retazos que guarda el cerebro de la actividad del día,
objetos o momentos sin sentido aparente, como los sueños.
Grafitos / acuarela / telas escaneadas / retoque y color digital



RELATOS CORTOS

JUANJO Y CHUCK Daniel Morales Perea

15

LA EXTRAÑA COTIDIANIDAD Miguel Ángel González

35

"ARS MORIENDI" Andrés Ramos Palacios

51

ILUSTRACIÓN

SUEÑOS DE UN VERANO CALUROSO Cristina Llanos Sánchez

79

UN CUENTO Y A SOÑAR María Corte Maidagán

83

EL OBSERVADOR Rocío Álvarez Varela

87

ZANCOS José Luis Huerta Beato

91

EL FUELLE, EL CUCO Y EL CRUASÁN Beatriz Barbero Gil Vicente

95

